

Ventosas de DEMENCIA

ALAN
COMET

fs



ROB

Lectulandia

Los OJOS del ESPACIO nos están mirando. Detrás de nuestra atmósfera, desde los Mundos próximos o lejanos, desde nuestros vecinos los Planetas o desde algún punto que rueda alrededor de soles que brillan en lejanas GALAXIAS, los OJOS de otros SERES estudian, desde hace millones de años, nuestro orgulloso mundo... Aquel que piense que NUESTROS telescopios son los ÚNICOS del Universo; que hemos sido nosotros los primeros y los solos, entre todas las criaturas posibles de la CREACIÓN, de hacer una lente, de pulir un espejo y de manejar las ciencias exactas... ¡QUE DEJE DE SOÑAR!

Lectulandia

Alan Comet

Ventosas de demencia

Robot - 4

ePub r1.0

Thalassa 01.05.16

Título original: *Ventosas de demencia*

Alan Comet, 1955

Retoque de cubierta: Thalassa

Editor digital: Thalassa

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

¡ATENCIÓN!

Los OJOS del ESPACIO nos están mirando. Detrás de nuestra atmósfera, desde los Mundos próximos o lejanos, desde nuestros vecinos los Planetas o desde algún punto que rueda alrededor de soles que brillan en lejanas GALAXIAS, los OJOS de otros SERES estudian, desde hace millones de años, nuestro orgulloso mundo...

Aquel que piense que NUESTROS telescopios son los ÚNICOS del Universo; que hemos sido nosotros los primeros y los solos, entre todas las criaturas posibles de la CREACIÓN, de hacer una lente, de pulir un espejo y de manejar las ciencias exactas... ¡QUE DEJE DE SOÑAR!

Los medios ópticos más perfectos que poseemos alcanzan, hoy, en 1955, una visibilidad en el Espacio de un BILLÓN DE GALAXIAS. ¿Es eso TODO el UNIVERSO? La contestación es absolutamente NEGATIVA. Según el principio de Relatividad Especial y la Ley de Hubble--Humason, el radio del Universo no puede superar la cifra de CINCO MIL MILLONES DE AÑOS LUZ. Esta enormidad, traducida a un lenguaje relativamente fácil de comprender significaría que a bordo de un avión que alcanzase (¡cosa completamente imposible!) la velocidad de la luz — TRESCIENTOS MIL KILÓMETROS POR SEGUNDO— tardaría en atravesar el radio del Espacio la friolera de CINCO MIL MILLONES DE AÑOS...

Todas esas cifras, que hacen vacilar la mente más sólida, nos obligan a razonar y encontrar perfectamente POSIBLE que otros mundos estén habitados como el nuestro. La grandiosidad de la CREACIÓN no puede, en forma alguna, habérsenos sido exclusivamente destinada.

Desde el Espacio, OTROS OJOS están mirando a los nuestros. Detrás de aparatos como los nuestros o más potentes que los nuestros, los ojos de los OTROS HABITANTES del Universo ven a la Tierra y piensan, a nuestro estilo, si ESTÁ o NO ESTÁ habitada. Pero... no sería completamente imposible que YA LO SUPIERAN...

Alan Comet

CAPITULO PRIMERO

De cómo, en enero del 2018, los hombres desearon terminar con un embarazoso asunto que les preocupaba desde 1952.

La O.N.U., desde el final de la Tercera Guerra Mundial, acaecida en 1999 y terminada en el mismo año, se había instalado, en su casi totalidad, en unos terrenos graciosamente cedidos por la Federación Europea de Naciones en las islas Azores^[1].

Europa, después de la crisis industrial que había pesado sobre ella a lo largo de casi todo el siglo XX, había vuelto a poseer la primacía industrial, científica y filosófica de que siempre había gozado. Reorganizada rápidamente después de la Tercera contienda, llevaba ahora una singular ventaja sobre el Nuevo Continente, especialmente los Estados Unidos, ya que éstos habían sufrido, de una manera fatalmente exclusiva, el peso de la acción bélica enemiga.

Una oleada de fundado optimismo se había apoderado de las gentes. El Mundo parecía haber alcanzado la soñada Paz en un equilibrio de fuerzas que no constituían, en modo alguno, motivo de temor para muchos años de un futuro que se anunciaba próspero para todos. Nada más normal, en la infantil mente de los humanos, que de acabar, de un sencillo plumazo, con todo aquello que pudiese empañar la claridad meridiana de un horizonte de felicidad que tanto esfuerzo había costado lograr.

Y, por tal motivo, en aquella mañana del 12 de enero del año 2018, la actividad del aeropuerto e hidropuerto de las islas Azores alcanzaba una insospechada muestra de movimiento. Los Delegados Gubernamentales de todos los países del Mundo iban llegando en sus rapidísimos «reactoplanos», el tipo de naves aéreas que se había desarrollado, por su rapidez y seguridad, después de la última guerra.

El domicilio internacional de la O. N. U., construido a estilo europeo, había huido definitivamente de las estructuras verticales de su predecesor de New York. La Psicología, en su prodigioso avance en el último tercio del Siglo XX, había demostrado irrefutablemente la influencia del medio ambiente en el espíritu humano. Guiados por la experiencia, los arquitectos de la nueva Sede de las Naciones Unidas dieron a su proyecto todo lo que, hasta hacía muy poco, se consideraba contrario a los fines de un edificio en el que se debían tomar decisiones de carácter mundial.

Un aire de tranquilidad, de apaciguamiento espiritual, reinaba por doquier. Las construcciones, rodeadas de jardines, elevaban sus dos únicas plantas apenas por encima de las copas de los árboles. Todo influía a la meditación, al goce sensorial de lo Creado y disminuía el orgullo vano del hombre en su afán de seguir construyendo Babels que eran como nuevos signos de rebeldía ante Dios...

El interior de las habitaciones destinadas a las magnas reuniones, decorado artísticamente, tenía más de museo que de otra cosa. Se había procurado evitar, en lo

posible, los grandes mapas, los monstruosos esquemas, huyendo de todo aquello que pugnase en reducir al Hombre a un número, a un color, a un abstracto. Llevados por un Humanismo *à outrance*, los constructores de aquella maravilla de sencillez hicieron lo posible para influir en el ánimo de los Delegados, de forma a desposeerlos de los oscuros sentimientos de omnipotencia que solían adueñarse de ellos en el cuadro de una especie de Puesto de Mando.

Se había logrado desposeer al edificio Central de todo aquello que empujase a la idea de potencia y para ello se dotó al interior de la Sala de Reuniones Generales de un ambiente puramente humano, llevando la intimidad hasta donde se podía y consagrando al espíritu mucho más espacio que a la Ciencia pura, cuyo monstruoso descendiente no era otro que la Estadística.

Siendo las entradas distintas, según la religión de los asistentes, todos ellos debían penetrar en un vestíbulo que no era más que un templo consagrado a su creencia particular. De tal manera, antes de discutir los asuntos humanos, procuraban limpiar su espíritu en un ambiente en el que se percataban de que la justicia humana no era más que un obligado paso hacia la definitiva...

Todos los Delegados habían tornado asiento y esperaban que Stauffer, Secretario de turno, iniciase su debate sobre lo que habría de discutirse aquel día. Suprimidos, desde hacía mucho tiempo, los cascos de auriculares para traducción, se había adoptado un procedimiento mucho más moderno y que consistía en agrupar a los Delegados por ramas lingüísticas y colocarlos ante pantallas en las que se iban «escribiendo» las palabras que pronunciaba determinado orador. Dichas palabras quedaban automáticamente registradas en un archivo mecánico que estaba a disposición de quien lo requiriese.

Herman Stauffer, el Delegado por Alemania y Secretario de turno, ocupó el lugar de la tribuna central. Luego, después de carraspear, oprimió el botón que unía su micrófono con los traductores automáticos que verterían sus palabras, en una centésima de segundo cada una, en más de cincuenta lenguas.

—Ante todo, saludo calurosamente a los miembros de esta Asamblea de las Naciones Unidas. Por medio de los Delegados, transmito estos saludos a los Gobiernos y pueblos de todo el Mundo —hizo una pausa—. Todos sabemos el motivo que nos ha reunido aquí. Vayamos, pues, directamente a él. Desde mitad del siglo xx se han venido haciendo una serie de observaciones, dispares y desorganizadas siempre, sobre lo que se ha dado por llamar «Platillos Volantes». Poseemos hoy una documentación abundantísima sobre este asunto que ha venido preocupando a todos los Gobiernos de la Tierra. Hora es ya que precisemos, de una forma definitiva, la posición que el Hombre ha de tomar ante este curioso fenómeno...

El silencio era absoluto y lo apasionante del tema explicaba claramente la expectación que reinaba en la Sala.

—Los sabios de todos los países —prosiguió diciendo Stauffer— han estudiado

detalladamente todos los datos que se han ido recibiendo modernamente, además de los copilados por nuestra precedente generación. Fuera de los círculos científicos autorizados, hemos sido testigos de una recrudescencia de la curiosidad y la fantasía públicas. Esto ha conducido a plantear serios problemas de pánico general, fundado en vanos temores de que nos hallásemos ante un intento de invasión de nuestro Planeta por seres de otros mundos habitados.

—Desde que en 1980 logramos, por fin, alcanzar con nuestros aparatos aéreos nuestro único satélite y ya sabemos a costa de que esfuerzos y sacrificios, hemos seguido realizando observaciones de todo género que nos han dado la seguridad de la existencia de raros e incomprensibles fenómenos que podían dar un viso de realidad a la existencia de los «Platillos Volantes».

—Todos los esfuerzos del mundo civilizado se vertió, durante cerca de una década, en buscar una satisfactoria explicación a tal problema. Desde el observatorio «Deo Gratias», situado en la Luna, nuestro horizonte astronómico se ha visto centuplicado y hemos podido ahondar, bastante más, en el Espacio. Todo ello nos ha conducido a pensar, de una manera más positiva, en la posibilidad de la teoría de la pluralidad de mundos habitados. La grandiosidad de la Creación argumenta en pro de tal idea.

—Sin embargo y pese a todos los esfuerzos realizados, nuestros medios científicos no han logrado dilucidar nada que pueda aportar una nueva luz sobre el problema. Las últimas ideas a este respecto señalan la posibilidad de que se trate de fenómenos ópticos producidos por ciertas refracciones de nuestra atmósfera. Eso es todo lo que sabemos, hoy por hoy.

—Pero, lo más importante, no es lo que sepamos sobre el asunto. Lo fundamental para nosotros, como responsables del estado de ánimo de nuestros pueblos, es de cortar de raíz todo lo que vive en la mente de la gente respecto a los «Platillos Volantes». Hace más de medio siglo que el mundo se preocupa, piensa, fantasea y sueña sobre la posible llegada de los marcianos o de otros seres de fuera de nuestro Planeta. ¡Hora es ya de que los temores de la Humanidad desaparezcan por completo! La guerra nos ha costado un esfuerzo demasiado doloroso para agregar a nuestras preocupaciones otras que no tengan base suficiente para justificarlas. Ese es el motivo de esta magna reunión, en la que va a someterse a votación el siguiente Proyecto-Ley de las Naciones Unidas:

Se detuvo un momento para abrir una cartera de la que extrajo el documento. Seguidamente, inició su lectura.

—Las Naciones Unidas someten a votación un Decreto-Ley, preparado en su Secretaría General, por el que se ordena a todos los Gobiernos del Mundo desautoricen cuantas manifestaciones existen o se produzcan en todo aquello que se relacione, directa o indirectamente, con los llamados «Platillos Volantes». Además, y por todos los medios de difusión a nuestro alcance, se realizarán programas en los que se dará una explicación satisfactoria de la naturaleza de esos fenómenos, como

producidos por causas naturales con origen en nuestra atmósfera. Deben ridiculizarse todas las cosas dichas respecto a los «Platillos», de forma a borrarlos de la imaginación pública en el menor plazo posible...

Las últimas letras corrieron por las pantallas traductoras en veinte alfabetos diferentes. Luego, casi inmediatamente, las luces se apagaron y en la oscuridad reinante pequeños focos verdes se fueron encendiendo ante los pupitres de los Delegados.

Aquella era la forma de la votación. Cada luz verde significaba un voto a favor. Si hubiese aparecido una luz roja, en su lugar, se hubiese tomado como voto en contra. La ausencia de luz en un pupitre demostraba abstención.

Pero aquella vez, la sala estaba colmada de luces verdes. La unanimidad era absoluta. Detrás de la tribuna, desde la que habían desfilado el Secretario de turno, tres enormes círculos, que recordaban sendos relojes, contaban automáticamente el número de votos. El círculo rojo y el negro se mantenían silenciosos. El verde, por el contrario, mostraba su aguja que no cesaba de saltar, como un gigantesco segundero, la numeración ascendente del unánime escrutinio.

Una vez que la sugerencia del Secretario fue consignada en acta, con todos los detalles necesarios, los empleados de las salas de comunicación mundial lanzaron sus emisiones a todos los Gobiernos de la Tierra. Inmediatamente, el nuevo Decreto-Ley entraría en vigor y la operación desencadenada contra los «Platillos Volantes» se pondría en marcha el mismo día en que se había aprobado.

¡El hombre tenía prisa siempre!

CAPITULO SEGUNDO

«*Qui habet aures audiendi, audiat...*»
(Quien tenga oídos para oír, que oiga.)

Sobre la capa nebulosa que cubría la Tierra, el brillante objeto parecía inmóvil. Circular, semejaba un refulgente disco, un sol diminuto que se hubiese escapado de algún mundo lejano y que brillase ahora en las cercanías del Globo terráqueo.

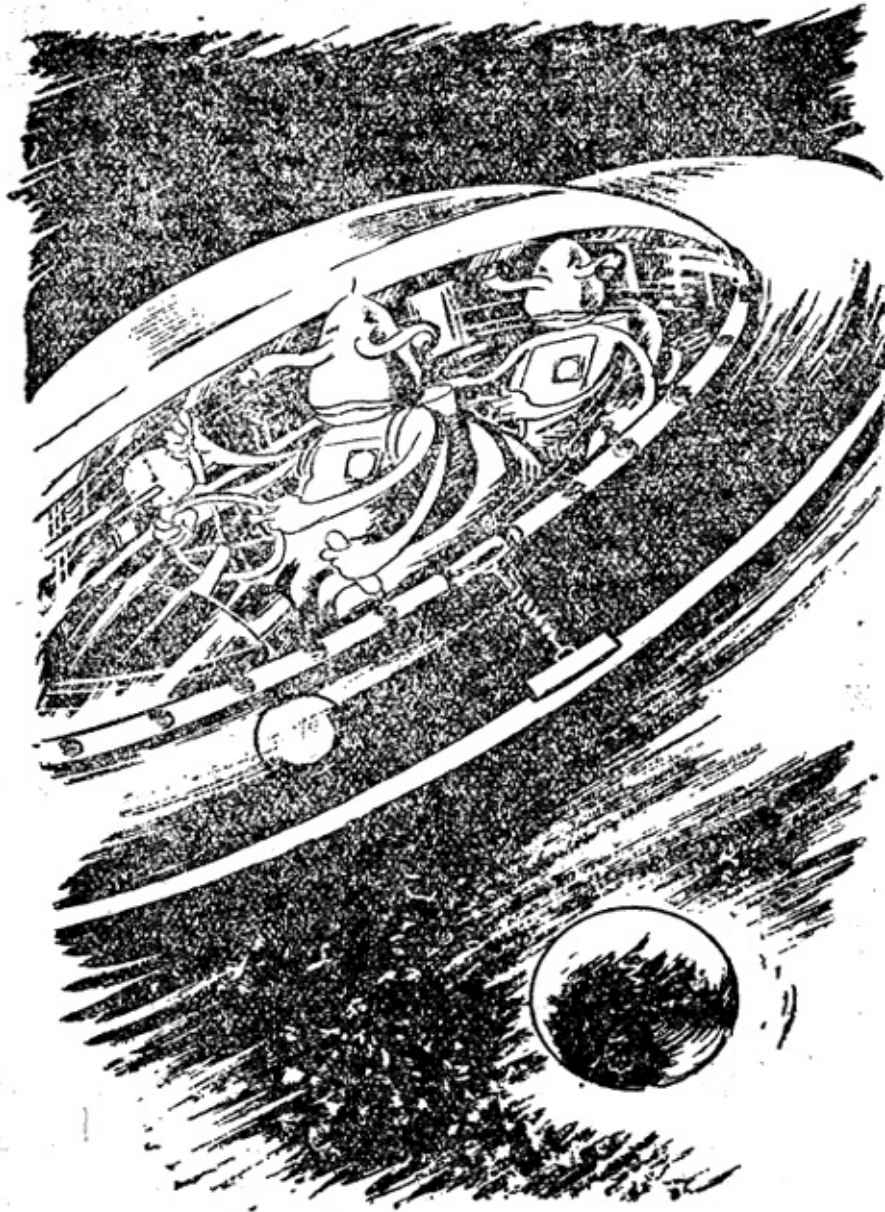
Su velocidad no era mucha, apenas mil kilómetros por hora, semejaba pender, inmóvil, de un invisible hilo que tuviese su final en algún alejado Universo.

En su interior, dentro de la primera cámara de lo que se podía denominar «proa», el viejo Toh, con su desagradable y macizo cuerpo esférico, sus seis brazos y su vientre fijo en una especie de asiento metálico, que hacia invisibles sus ocho piernas cortas y gruesas, observaba la pantalla blancuzca de su «stereotelevisor» que le transmitía las imágenes, tremendamente aumentadas, de la ciudad que se encontraba, en aquellos momentos, a diecisiete kilómetros bajo él.

Un poco más atrás de su cabina, en la enorme sala de máquinas, Phut seguía con atención concentrada la marcha del motor nuclear del aparato. Con sus dos atentos ojos tentaculares, que se movían insistentemente en inimaginables posiciones. Phut, el piloto de la astronave, repasaba, al mismo tiempo, el motor, el altímetro y el giróscopo que mantenía el aparato en la mejor posición para que las observaciones de su compañero Toh fuesen lo más perfectas posible.

El tercer ocupante del «Platillo», recluido en una de las cámaras posteriores, era una hembra, Döty, una investigadora célebre que se había unido definitivamente a Toh.

Un poco menos gruesa que sus otros compañeros, Döty no pesaría menos de media tonelada. Su cabeza, como la de los otros dos ocupantes del vehículo interplanetario, poseía idéntica forma piramidal, acabando en un vértice redondeado. Todos los órganos vitales estaban situados en la base de aquella pirámide y los de los sentidos en el tercio inferior de lo que podía recibir el nombre de «rostro».



Sus dos ojos, en los extremos de los pedúnculos, se movían inquietos. Una agitación, cada vez mayor, se estaba apoderando de aquel monstruoso cuerpo que se debatía en algo inexplicable.

El color de la piel era negro y brillante como el de ciertos animales polares. Las capas de grasa se amontonaban debajo de la piel, notándose, cuando aquel ser se movía, el «oleaje» grasoso de su carne.

Döty, la hembra de aquel misterioso aparato que sobrevolaba la Tierra, se estaba muriendo...

Para los otros dos ocupantes del «Platillo», tal fenómeno natural carecía de importancia. Gozando de una larguísima existencia, la llegada de la muerte era considerada como algo inevitable y que, al mismo tiempo, constituía algo

desagradable que no merecía ni un solo segundo de forzada contemplación.

Mientras Döty agonizaba lentamente, en su camarote de popa, Toh continuaba filmando la ciudad que tenía debajo. En el fondo de su extraña conciencia, aquel ser sentía solamente ansias de regresar al lejano planeta en el que los suyos se habían detenido después de recorrer gran parte de la Vía Láctea.

Oriundos de una constelación situada junto al enjambre estelar de nuestra Galaxia, su raza llevaba millones de años huyendo de la desintegración de las nubes cósmicas que había empezado por destruir su propio mundo.

Cien mil seres de aquella desdichada Especie, que tuvo que vivir durante mucho tiempo en un sistema solar cuyo sol se apagaba velozmente, al tiempo que se tomaba una estrella gigante de intenso color rojo^[2], lograron huir de su Sistema, gracias a una civilización maravillosa, que les había hecho recorrer el Espacio, de Sistema en Sistema, hasta alcanzar aquel que pertenece nuestro Planeta.

Llevaban dos mil años viviendo en Plutón, descansando de su eterna caminata a través del hórrido Vacío, hasta que se encontraron ante la Tierra, observando con sorpresa que poseía las condiciones óptimas para volver a desarrollar la vida tal y como la habían gozado en su lejano Mundo.

El «Platillo Volante» que pilotaba Phut llevaba cerca de cuarenta años volando alrededor de la Tierra. En ese espacio de tiempo se habían hecho centenares de miles de observaciones que eran inmediatamente transmitidas a Plutón. Otros «Platillos» habían venido, de vez en cuando, a completar algunos datos interesantes sobre los extraños animales bípedos, e indudablemente inteligentes, que poblaban la Tierra.

Veinte hombres y once mujeres habían sido raptados en diferentes puntos del Planeta y llevados a Plutón para que los sabios «Noxos» estudiaran los medios más eficaces de combatir aquellos raros seres de piel fina y de volumen tan exiguo comparado con los caminantes del Espacio.

Phut acabó de tomar las últimas vistas y con una de sus cuatro manos pulsó el resorte que cerraba el aparato cinematográfico. Luego, después de incorporarse de su asiento metálico, empezó a andar torpe y lentamente hacia la cabina de navegación.

—Podemos alejarnos, Phut —dijo—. Una vez consigas alcanzar el punto adecuado, empezaremos a transmitir todo lo que he tomado.

Phut maniobró los mecanismos del potente motor y el «Platillo» se lanzó en una línea vertical, a una vertiginosa velocidad. Necesitaban alejarse de la zona de atracción de la Tierra para enviar sus mensajes televisados a través del Vacío. Sus aparatos funcionaban con unas ondas especiales que conservaba su nitidez a través del Espacio, siempre que ninguna atmósfera les perturbase.

Durante bastante tiempo, después de detener la marcha del «Platillo», comunicaron las noticias gráficas que habían captado. Una vez terminaron aquella curiosa «emisión» y cuando la pantalla esférica tornó a quedarse incolora, los dos «noxos» esperaron pacientemente las noticias.

Un rostro idéntico a los suyos apareció en la pantalla esférica. Los delgados

labios de su pequeña boca se movieron imperceptiblemente.

—El Supremo Nox esta contento de vuestro trabajo. La hora de nuestro ataque al Tercer Mundo de este Sistema^[3] se aproxima. ¡Regresad!

La alegría que sintieron ante tal ansiada noticia sólo se manifestó en los rápidos movimientos de sus ojos pediculados. Luego, Phut tomó los mandos del «Platillo» y el aparato se alejó como una exhalación hacia los confines del Sistema Solar.

En la cabina de popa, Döty había muerto hacía ya tiempo...

CAPITULO TERCERO

Y los hombres seguían trabajando intensamente, sin sospechar de la terrible amenaza que se abalanzaba sobre ellos...

El joven profesor de Neurocirugía, Adam Bruce, se dejó llevar por la alfombra movable que ocupaba la totalidad del amplio pasillo. Muchos estudiantes, enfermeros y algunos otros doctores seguían el camino metálico que conducía hacia los quirófanos.

Efectivamente, al final del pasillo, donde acababa la alfombra mecánica, una amplia puerta, obediente a la célula fotoeléctrica, se abría cada vez que un ser humano se acercaba, «cortando» el invisible hilo de luz que la precedía.

Bruce atravesó aquella puerta que desembocaba en un *hall* inmenso en cuyo fondo se abrían otra serie de puertas más pequeñas. Por todas partes, en un guiñar constante de luces, una serie de pantallas dejaban ver la palabra que regía aquel edificio.

—«¡Silent!»... «¡Silent!»... «¡Silent!»...

Al penetrar en su «quirófano», el profesor Bruce dejó que sus labios se entreabriesen en una sonrisa que hacía patente su entusiasmo y su cariño por su profesión.

Uno de los ayudantes se acercó a él para coger su abrigo y su chaqueta. El cirujano hizo subir las mangas de su inmaculada camisa, mostrando sus fornidos y atezados antebrazos.

Para un hombre que hubiese vivido en la segunda mitad del siglo xx, el «quirófano» en el que acababa de entrar Adam le hubiese parecido un extraño salón de mecánica que nada tenía que ver con la medicina. En efecto, fuera de una especie de mesa de mandos, que también parecía un piano o un órgano eléctrico, por la cantidad de teclas que poseía, el resto de la estancia estaba completamente vacío, salvo las sillas y algunas mesitas auxiliares que estaban arrinconadas y vacías.

Bruce tomó asiento en la silla giratoria que había ante la inmensa mesa. Ante él, una pantalla de grandes dimensiones mostraba su nítida superficie apagada por el instante. La complejidad de los mandos que tenía ante sí era extraordinaria. Teclas, botones y contactos de todas clases se extendían sobre la mesa en una profusión inconcebible.

Adam repasaba cariñosamente cada uno de aquellos mandos que tan acostumbrado estaba a manejar. Hasta con los ojos cerrados hubiese sido capaz de indicar cualquiera de ellos e incluso de manejarlos con una sorprendente habilidad.

Desde hacía cerca de diez años, la Cirugía había cambiado completamente. Sobre todo, en el campo del Sistema Nervioso había sido necesario encontrar nuevas formas

de intervenir que estuviese fuera de la mano del hombre. La delicadeza de las intervenciones en determinados territorios orgánicos obligó a los cirujanos a confesar que sus manos eran incapaces de moverse por aquellos intrincados y complejos tejidos en los que la menor vacilación, un falso movimiento de una décima de milímetro convertía la operación en un asesinato.

Una luz roja se encendió en el cuadro que tenía ante sí el profesor Bruce. Este, inmediatamente, pulsó un botón y la pantalla se iluminó, al tiempo que la sala quedaba completamente a oscuras. Sobre la superficie brillante de la pantalla apareció la espalda de un ser humano en la que unas líneas de colorante enmarcaban el campo operatorio sobre el que había que actuar.

Rodeando el cuerpo del enfermo, más de un centenar de largos brazos metálicos permanecían quietos en espera que Bruce les dotase del movimiento necesario. Cada brazo, muchos de los cuales acababan en dos y hasta tres dedos articulados, sostenían diversos instrumentos, mientras que otros tenían sus articulaciones libres por completo.

¡La Cirugía del siglo XXI!

El operador actuaba desde lejos y el enfermo se encontraba completamente solo, frente a aquel pulpo metálico cuyas manos se ocuparían, con una precisión metálica, de reducir o hacer desaparecer su mal.

Bruce lanzó una previa ojeada a los aparatos de control que expresaban por cifras la tensión, la respiración del enfermo, sus latidos, su pulso y la profundidad de la anestesia. Luego, con un rápido movimiento, maniobró una serie de botones que pusieron en marcha los mecanismos encargados de transmitir sus órdenes.

Los largos brazos metálicos iniciaron su tarea. Uno de ellos, que sostenía entre sus articulados dedos un afilado bisturí, abrió una larga y honda fisura en la carne. Inmediatamente, otros brazos se ocuparon de dilatar la herida hasta hacerla adoptar una forma romboidea.

A partir de aquel instante, en la pantalla en la que se pintaban las imágenes a todo color y en correcto relieve, se hizo patente la maravilla mecánica que la Ciencia había conseguido. Como si el quirófano estuviese repleto de personal idóneo, los brazos limpiaban la sangre, cortaban, entreabrían los tejidos, obedeciendo siempre a las manos de Bruce que como un pianista consumado tecleaba en los mandos de la poderosa máquina.

Como si se tratase de una operación realizada en pleno siglo anterior, una enfermera secaba el sudor que perlaba de la frente del cirujano. Este, con los ojos fijos en la pantalla, continuaba su trabajo sintiendo la íntima emoción de estar salvando una vida humana...

El tumor fue extraído por uno de aquellos largos brazos y, a renglón seguido, otros nuevos empezaron a cerrar la herida. Sobre los luminosos cuadros de control iban apareciendo las cifras que marcaban el estado interno del operado. Al mismo tiempo, diminutos micrófonos dejaban oír su voz junto al cirujano.

—«Presión normal.»

—«Mezcla anestésica correcta.»

—«Pulso fuerte.»

Los dos últimos brazos cerraron las capas externas de la piel. Otros dos pedúnculos metálicos colocaron diestramente los vendajes y finalmente, la pantalla tornó a quedar con su color primitivo mate, al tiempo que las luces se encendían.

Adam se incorporó y después de secarse el sudor de la frente emitió un suspiro de alivio. Luego, tras haberse bajado las mangas de su camisa y puesto su chaqueta, abandonó la estancia.

Fuera, en el *hall* inmenso, la animación era extraordinaria. Estudiantes y profesores charlaban a aquella hora que era la de la salida de las clases. Todo el edificio gigantesco del «New Hospital» de Londres hormigueaba en aquellos instantes.

Saludando en un rápido gesto a los conocidos, el profesor Bruce se dirigió rápidamente hacia la salida. Después de su trabajo en aquel centro sanitario, su clientela particular le reclamaba insistentemente.

—«¡Profesor Bruce!»

Se detuvo un instante, intentando alejarse de los pensamientos que le ensimismaban.

—«¡Profesor Bruce!»

La potente voz de los megáfonos no dejaba de llamarle. Con un gesto de franca contrariedad, al verse interrumpido en su marcha, acercóse a uno de los televisores que se extendían por todo el pasillo. Apretando un botón, dijo a la vez:

—Bruce al habla.

Sobre la reducida pantalla apareció el rostro del Ayudante del Director del «New Hospital». Míster Doller parecía muy nervioso.

—Haga el favor de subir a Dirección, profesor Bruce. Es un asunto de la mayor importancia.

—Ahora mismo voy.

El ascensor le dejó, en pocos segundos, en la planta 54 del enorme edificio, el más alto de Londres. Un corto pasillo, con alfombra automática, acabó de conducirlo ante la puerta del despacho del director.

—¡Pase, pase, Bruce! —insistió éste en cuanto vio aparecer a Adam—. No sabe lo que me alegro de haberle encontrado tan pronto.

Estaba en pie, detrás del monumental despacho y, por primera vez, habría abandonado su cigarro puro en el cenicero. Bruce, desde que lo conoció, hacía ya muchos años, no le había visto jamás separado de su habano.

—Tome asiento, profesor.

Adam obedeció, arrellanándose cómodamente en el sillón junto a la mesa de despacho. Durante el corto silencio que se hizo entonces, observó con curiosidad el ligero temblor que agitaba extraordinariamente los músculos del rostro de Míster

Colleman. Este era un hombre grueso, de mediana estatura, con un vientre prominente que había resistido los tratamientos más brutales.

El rostro era redondo, sobremontado por una brillante y limpia calva que hacía parecer su frente sencillamente inmensa. Una nariz aguileña, sobre una boca pequeña y de labios carnosos; dos ojos azules y extraordinariamente vivos y unas cejas pobladísimas completaban la fisonomía de aquel hombre que, además de ser un gran médico, había ganado, por su espíritu organizado y metódico, el alto cargo que ostentaba.

Mientras encendía su cigarrillo —nunca se hubiese atrevido a ofrecer al Director otra cosa que un Habano—, Bruce hacía cábalas sobre el misterioso motivo de aquella urgente llamada. Cansado finalmente de esforzar su imaginación, optó por esperar que Colleman se decidiese a hablar.

—¿Conoce usted alguien de la «Moon-Line»?

Aquella fue la inesperada pregunta.

—A varios pilotos. Uno de ellos...

—¿Será por casualidad Kymer? —interrumpió el Director.

—Exactamente. Harold Kymer me llevó en mi último viaje al satélite. Recuerdo que hicimos una travesía maravillosa.

Los dedos gordezuelos de Colleman tamborileaban insistentemente sobre la mesa.

—Oiga, Bruce. Haga usted memoria, por favor. ¿Ese Kymer era... digamos una persona normal?

Adam quedóse perplejo por la calidad de la cuestión. Nunca hubiese esperado algo semejante.

Recordó a Harold Kymer, un muchacho fuerte, sano corporal y mentalmente y que además era un excelente piloto de la línea comercial que partiendo del Astropuerto de Londres hacía un viaje semanal a la Luna. Nada en aquel joven le había parecido anormal desde ningún punto de vista.

—Completamente, señor Director.

El otro le miró con sus inquietos ojos azules.

—¿No cree que las condiciones de las astronaves de la «Moon-Line» pueden perturbar el cerebro de sus pilotos y pasajeros?

—Le acabo de decir que he hecho varios viajes en esas astronaves. Y puedo asegurarle que mis facultades mentales continúan como siempre. A menos que considere usted...

—No es eso —atajó el otro, que adivinaba los pensamientos del profesor—. Voy a explicarle lo que ocurre... —Movi6 la cabeza de un lado para otro, como si se negase a sí mismo—. Lo mejor es que me acompañe. Prefiero que juzgue usted mismo ante la realidad de los hechos.

Levant6se, siendo imitado por Bruce que le sigui6 a trav6s de un pasillo particular que les condujo al ala izquierda del «New Hospital». Una vez all6, su ayudante les precedi6 hacia una sala ante cuya puerta hab6a dos *policemans* de

plantón.

La Sala, especialmente reservada a enfermos sin diagnóstico, contenía un centenar de camas en las que yacían hombres y mujeres que Bruce no conocía en absoluto.

—¿Qué les ha ocurrido? —inquirió picado por la curiosidad.

—Obsérvelos primero, profesor.

Adam se acercó a uno de los lechos. Inmediatamente y sin poderlo evitar, un estremecimiento le recorrió la espalda. Aquel hombre le era íntimamente conocido.

¡Harold Kymer!

El piloto, con dos almohadones detrás de la espalda, estaba reclinado con una mirada vacía y los ojos extraordinariamente abiertos que no parecían mirar a parte alguna.

Venciendo una cierta repugnancia que se había apoderado de él, Bruce se acercó al enfermo. Este no movió siquiera la cabeza y continuó contemplando el invisible punto que parecía absorber su atención.

—¡Kymer, soy yo, el doctor Bruce!

Harold pareció no oírle. Seguía en su posición estuporosa con un rostro desprovisto de vida, con aquel horrible aspecto de estupidez que semejaba haberle convertido en algo que no tenía nada de humano.

* * *

El «Anglo-234» de la «Moon-Line», pilotado por Harold Kymer, despegó vertiginosamente del Astropuerto de Luneville, la capital fundada por los franceses de la primera expedición y situada al Norte del Mar de la Serenidad y junto a los montes Haemus^[4].

A bordo, noventa y cinco pasajeros, procedentes de diferentes puntos del Reino Unido, regresaban de hacer y disfrutar su final de semana en el Satélite. Hombres y mujeres, casi todos novatos en los viajes siderales, charlaban animadamente sobre las maravillas de que habían gozado en la Luna.

Una vez vencida la atracción de la Luna, el «Anglo-234» se lanzó al Vacío, después de lograr lo que sería su velocidad de crucero. A 5000 kilómetros por hora hendió el Espacio estelar en el que se mantuvo en aquella velocidad, sin posibilidad alguna de aceleración ni de frenaje.

Por los extensos ventanales que encuadraban la larga cabina de los pasajeros, la Tierra aparecía como una inmensa masa azulada rodeada por una nubosidad densa que correspondía a la atmósfera terrestre. De vez en cuando, alguna de aquellas masas de vapor condensado se desgarraba, en una extensión de muchos kilómetros, descubriendo la superficie del Planeta.

En tales ocasiones, los emocionados viajeros se esforzaban por reconocer la

imagen de los Continentes y discutían acaloradamente entre ellos.

—¡Ese es el extremo de África!

—¡De ninguna manera! ¡Es América del Sur! ¿No ve usted la forma aguda en que acaban las tierras?

—Esa señora tiene razón. Se diría que hasta se ve el Estrecho de Magallanes.

—¡Le digo a usted que es África!

Bruce les dejaba discutir. Con la puerta abierta de su cabina y sin tener que ocuparse de nada hasta que se acercasen a la zona de atracción terrestre, se divertía escuchando aquellas infantiles discusiones. Sin embargo, cuando se fatigaba de oír estupideces, solía acercar a sus labios el micrófono que se conectaba con los altavoces de la cabina de pasajeros.

—¡Les ruego que me perdonen, señoras y señores! Ese vértice oscuro que vemos ahora es la punta extrema del Indostán. Dentro de poco y cuando la nube inferior se acabe de disolver, podremos comprobarlo al hacerse visible la isla de Ceilán.

Los pasajeros lanzaban exclamaciones de asombro, dedicándose luego a criticar a aquellos que se habían lanzado, demasiado prematuramente, a hipótesis tan arbitrarias.

Luego, la «azafata» de la astronave tomaba, a su vez, el micrófono.

—Señoras y señores. Acabamos de atravesar la zona de atracción lunar. A partir de este momento surcamos el Espacio que nos separa de nuestro Planeta. Nuestro viaje durará, exactamente, setenta y siete horas. Durante estos tres días pueden anotar los horarios que les convengan particularmente para las comidas que les serán servidas, bien el comedor de a bordo o en sus cabinas particulares. El día de hoy presenta una serie de programas atractivos en extremo para los señores viajeros: En el cine de a bordo se proyectará un documental en «pan-relieve» natural de la «Historia de la Astronavegación hasta nuestros días», seguido de una película no estrenada aún en Inglaterra, con Fred Junior y Cecily Porter como protagonistas. Para aquellos viajeros que no deseen dicho programa, nuestro salón de té, que se mantendrá abierto hasta las dos de la madrugada, presentará una artística actuación de conocidas estrellas, a través de la «Inter-Sidero-Televisión», con sección de baile a cargo de la orquesta de a bordo. En el mirador de proa, nuestro piloto y jefe de Navegación, míster Harold Kymer, disertará sobre el Espacio visible, mostrando las futuras posibilidades de navegación a otros Planetas. Muchas gracias, señoras y señores.

La vida se animaba a bordo. La «Moon-Line» procuraba complacer a los viajeros por cualquier medio a su alcance, lográndolo de tal modo que muchos europeos y numerosos americanos la preferían, por mucho, a las líneas de sus respectivos países.

El «Anglo-234» surcaba el Espacio sin que el menor movimiento se manifestase a bordo. La quietud, en medio del Vacío, parecía absoluta.

Kymer encendió otro cigarrillo, echando seguidamente una ojeada a los cuadros de su tablero de mandos. Había puesto en marcha el «piloto automático» y nada, en realidad, le preocupaba. Cuando los tres días hubiesen transcurrido, tiempo tendría en

prepararse para frenar la atracción terrestre y maniobrar de forma a penetrar oblicuamente en la atmósfera de la Tierra.

La velocidad seguía siendo idéntica: 5000 kilómetros a la hora. Como un suave murmullo, llegaba a sus oídos el rugido externo de los reactores que impelían al aparato a aquella formidable velocidad. Debajo de la parte central de la astronave, el uranio y el plutonio seguían desintegrándose, dando origen a una tremenda energía y a un calor superior a los ocho mil grados centígrados.

La imaginación de Harold volando mucho más deprisa que su propio aparato le llevó a Londres, en donde le esperaba su joven esposa. Una sensación de alegría íntima le embargó durante largo rato. Nunca, aquella fue la realidad, pudo decir cuánto tiempo estuvo, apoyado sobre los mandos fijos, pareciendo contemplar la enorme esfera flotante de la Tierra que ocupaba la casi totalidad del horizonte de la astronave.

La primera cosa que le sacó de su ensimismamiento fue un alarido tan horrible que le heló la sangre en las venas. Estremeciéndose aún, precipitóse fuera de la cabina, desembocando en la de los pasajeros.

Un grupo se había formado alrededor de uno de los sillones. Abriéndose brutalmente paso, Harold llegó hasta el centro del grupo.

—Por favor, déjenme...

Una mujer joven estaba sentada en su asiento. Sus ojos, tremendamente fijos, parecían mirar a algún punto invisible para los demás. Todo su rostro carecía de expresión y los rasgos tirados hacia la comisura de los labios le daban un aspecto de estupidez enloquecedora.

—¿Qué le ocurre a mi esposa?

El hombre, junto al piloto, temblaba como una hoja de árbol movida por un vendaval. Sus pupilas estaban nublándose y las primeras lágrimas pugnaban por formarse entre sus párpados.

—¿Qué le ocurre a mi esposa? —repitió mirando fijamente a Harold.

—Espere un momento, señor. Voy a avisar al médico de la bordo. Debe estar en su cabina de popa.

Pulsó un botón de alarma que estaba conectado directamente con la cabina del doctor Smoll. Este no tardó en aparecer, dedicándose inmediatamente a reconocer a la enferma.

Después de haber procedido a un somero examen, volvióse hacia Harold.

—¿Qué ha ocurrido, comandante?

Fue el marido de la paciente el que contestó.

—Lanzó un grito horrible y su rostro, a partir de aquel instante, tomó ese horrible aspecto.

El médico clavó sus grises pupilas en las de aquel hombre.

—¿No ha padecido su esposa ningún trastorno mental anteriormente?

—¡Jamás! Mary ha gozado siempre de una salud de hierro. Nunca ha estado

afectada por enfermedad alguna.

Smoll le había vuelto la espalda y observaba detenidamente aquel rostro, inexpresivo, estuporoso...

—No me lo explico —rezongó entre dientes.

Un nuevo alarido desgarró el profundo silencio que siguió a sus palabras. Como impelidos por un resorte, volviéronse hacia el lugar de donde había surgido aquel espeluznante grito.

Un hombre, que se había mantenido aparte de la curiosidad general, yacía, sentado en su asiento, con un rostro idéntico al de la mujer que atrajo la atención de los viajeros.

Seguido por Harold, Smoll se lanzó como una flecha hacia el nuevo enfermo. Después de reconocerlo detenidamente, volvió el rostro hacia el comandante de la Astronave. Un pliegue profundo se había marcado entre sus cejas.

—Vamos a trasladar a estas dos personas a la enfermería. Acompáñeme, comandante. Tenemos que hablar.

Ayudados por los camareros, llevaron a los dos enfermos a la amplia cabina de popa en la que se había instalado una enfermería con diez lechos. Una vez allí, el doctor hizo que todo el mundo saliese.

—Estoy preocupado, Harold —dijo al quedarse solos, olvidando definitivamente el respetuoso trato que guardaban ambos amigos en presencia de los pasajeros—. ¿Estás seguro de que el sistema de oxigenación de proa funciona perfectamente? Todo esto me parece como si esa gente hubiese sufrido una falta de oxígeno que les ha atacado al cerebro. Una especie de anoxia...

—Voy a repasar todos los mecanismos de control. Espérame aquí.

Preocupado profundamente, Harold recorrió el aparato de proa a popa. Los controles fotoeléctricos de los pasos de oxígeno demostraban una normalidad absoluta. Por otra parte, en caso que algo se rompiese, poniendo en comunicación el interior con el exterior, cosa casi completamente imposible, una serie de resortes intermediarios cubrirían inmediatamente la brecha que se abriese, al tiempo que las señales de alarma funcionarían sin demora.

—No hay nada de lo que piensas —explicó al médico una vez se hubo convencido de la inexistencia absoluta de averías.

Smoll seguía observando a la pareja de seres humanos que habían sufrido aquel extraño mal.

—Están completamente demenciados y sus organismos no contestan a ningún estímulo externo. Mira...

Mostróle el brazo del hombre al que había aplicado la llama de su mechero. El flictema provocado por la quemadura se inflaba lentamente. Además, le había pinchado con distintos instrumentos, no logrando que el hombre se diese por aludido.

—Nunca he visto una cosa semejante, excepto en algunos catatónicos. Deseo que se termine este viaje para poder acudir al «New Hospital». Estoy seguro que allí

podrán esclarecernos este angustioso problema...

La tormenta estalló en aquel preciso instante cortando la frase que el médico se disponía a terminar. Fue como un escandaloso coro de aullidos que se elevaban por todas partes.

Abriendo la puerta de la enfermería, se lanzaron, como exhalaciones, hacia la cabina de los pasajeros. El espectáculo que se les presentó hizo que sus cabellos se erizasen en sus cabezas.

—¡Dios mío! —exclamó Harold.

Parecía que un viento de demencia había barrido la cabina. Los pasajeros ofrecían idéntico aspectos a los dos que ocupaban la enfermería. Todos ellos, con los ojos desmesuradamente abiertos y los rasgos sin expresión, yacían en sus asientos con su estúpida mirada fija en un punto inexistente.

—Voy a avisar a Londres —sugirió Adam.

Avanzó hacia la cabina de los radiotelegrafistas, deteniéndose horrorizado ante la puerta entreabierta. Los dos hombres habían sido igualmente atacados por aquel fantástico y misterioso mal.

Bruce sintió que una tristeza enorme se apoderaba de él. Por primera vez, en su brillante carrera de astronauta, tendría que presentarse en Londres con un cargamento de enfermos. Sabía perfectamente que su inocencia acabaría por imponerse. Pero también conocía la pesadez espantosa de los procesos de la «Moon-Line» y los desastrosos efectos que, en el menor caso, resultaba para un historial de piloto como el suyo.

Seguido por el doctor, recorrió la totalidad de la astronave. El misterioso mal había atacado a todos los ocupantes. En la cocina, en las cabinas destinadas a los camareros y hombres de servicio, por doquier se veía el espeluznante espectáculo.

La «astromoza» yacía también en la cabina de comunicaciones internas con el rostro tan inexpresivo como los demás.

Sintiendo que la desesperación le ganaba, volvióse al doctor.

—¡Por cien mil diablos! ¿Es que no puede darme ninguna explicación de todo esto?

Smoll movió negativamente la cabeza antes de contestar.

—¡No sabe usted la alegría que sería para mí el poder emitir la menor hipótesis sobre lo que está ocurriendo! Pero le juro que nunca he visto una cosa semejante y hasta temo que el propio profesor Bruce sería incapaz de encontrar, por el momento, una explicación capaz de aclarar lo que estamos viendo. Yo desearía...

Su rostro sufrió una convulsión horrible que detuvo la frase que se formaba en sus labios. Luego, con una contracción muscular de su garganta, después de que los músculos del cuello sobresalieron bajo su piel como gruesos cables, lanzó un escalofriante aullido que se repitió en mil ecos en la cabina.

Harold, se precipitó hacia su amigo. Cogiéndole fuertemente por los hombros, lo sacudió violentamente para que reaccionase.

—¿Qué demonios te pasa, Smoll? ¡Contesta, soy tu amigo Harold!

Pero ya era imposible. El rostro del médico había adquirido la misma característica expresión estuporosa que los demás. Y, como los otros, sus ojos dilatados miraban hacia un punto lejano, situado fuera de todo lo que podía alcanzar la imaginación...

Al verse solo, Harold sintió un desasosiego que se apoderaba de él. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo al expresar el temor de que en compañía de todos aquellos seres acabaría por volverse loco antes de llegar a la Tierra.

Fue entonces cuando una sensación de muerte se apoderó de él. Luego, con el rostro contraído, lanzó un espeluznante grito...

CAPITULO CUARTO

La Ambición se da en todos los seres creados que poseen inteligencia y que están ligados a un necesario final en su muerte...

A una velocidad fantástica, el «Platillo volante» de los «Noxos» se desplazaba por el Espacio hacia los lejanos límites del Sistema Solar.

Pendientes de sus complicados aparatos de navegación, los dos monstruosos seres volvían hacia Plutón con una cierta tristeza de haber abandonado la proximidad de un planeta como la Tierra que poseía las características de un verdadero paraíso cósmico para aquella fatigada especie que se había convertido en los trashumantes del Espacio...

Durante semanas y semanas navegaron en medio del Silencio de lo intersidereal. Después de haber dejado atrás la sombrada mancha de Marte, el astronave se lanzó a cubrir el espacio enorme que le separaba del gigante de los gigantes: Júpiter.

Lentamente, la enorme masa del Planeta se fue acercando. Mucho antes de llegar a su altura, el hábil Phut maniobró para alejarse en lo posible de la terrible fuerza de atracción de aquel coloso del Espacio. Cuando, finalmente, lo dejaron a un lado, no pudieron evitar un sentimiento de admiración que siempre les había producido aquel gigantesco globo trescientas dieciocho veces mayor que la Tierra. Sus once satélites giraban lentamente a su alrededor.

Uno tras otro, en aquel largo viaje, Saturno, Urano y Neptuno fueron desfilando ante los «Noxos», que no podían extrañarse de las fabulosas distancias que recorrían, después de haber sabido de donde habían llegado sus antecesores. Todo el Sistema Solar, con sus 5920 millones de kilómetros de radio, no significaba gran cosa para los «Noxos» que, durante miles de millones de años, habían atravesado la Vía Láctea en toda su larga extensión hasta llegar al Sistema Solar, en el que se encontraba el objeto que ansiaban: la Tierra.

Neptuno quedó atrás...

Ante el «Platillo volante» se extendía ahora la mayor distancia entre Planetas. ¡Cerca de mil quinientos millones de kilómetros que recorrer aun! A pesar de la enorme velocidad del astronave, el Vacío, en su profundidad de tremendo abismo, imponía a criaturas como los «Noxos» acostumbrados a medir las distancias por «años de luz^[5]».

Pero, fuera de los momentos en que la grandeza del Universo levantaba en ellos una oleada de franca admiración, el potente cerebro de los dos «Noxos» trabajaba intensamente intentando adivinar lo que se estaba preparando en Plutón.

Solamente al recordar el Consejo de Ancianos de los «Noxos», con el terrible Kalok a la cabeza de ellos, Toh y Phut se estremecían sin poderlo evitar. La autoridad

de Kalok sobrepasaba todo lo imaginable y sus castigos poseían una crueldad capaz de producir horror a los más serenos que hubiera entre ellos.

El recuerdo de Kalok y de sus castigos, hicieron que la imagen de Döty apareciera en el cerebro de Toh. Volviéndose a su compañero.

—¿Cerraste la vaina de ensayo al abandonar la atmósfera del Tercer Mundo?

—Sí —repuso el piloto—. Podemos ir ya para limpiar el ambiente de la cabina.

Después de abandonar la sala de mandos, los dos seres, moviéndose lentamente sobre sus ocho cortas y macizas piernas, se dirigieron a una de las cabinas laterales. Una vez allí, sacaron de un armario mural dos caperuzas de una materia transparente que colocaron sobre sus horribles cabezas. Dentro de aquellas cápsulas, sus ojos pedunculados se movían con cierta dificultad.

Atravesando uno de los pasillos que seguían una dirección radial, llegaron ante la cabina ocupada por la hembra muerta. Toh se había apoderado de una especie de botella metálica y una de sus manos, además de la que la sujetaban entre sus largos dedos, se había posado sobre una llave esférica que la botella tenía a su lado.

Entretanto, Phut abrió la puerta de la cabina. El aire atmosférico que había dentro se extendió rápidamente. Fue entonces cuando Toh hizo girar la llave de la botella y un silbido potente demostró la salida de una sucia nebulosidad gris.

«Aquello» era la atmósfera que los «Noxos» podían respirar. Formada en su mayoría de gas metano^[6], constituía para ellos el único medio en que su vida podía mantenerse.

Toh estaba «purificando» la cabina en la que había penetrado la atmósfera que respiraban aquellas extrañas y pobres criaturas del Tercer Mundo, que no tenían más que cuatro extremidades y una pálida piel con los ojos pegados a ella.

Para los «Noxos» era muy difícil concebir cómo podían vivir los seres que habitaban la Tierra. Acostumbrados a gozar de un horizonte ilimitado con sus ojos salientes y que podían moverse a su guisa para mirar hacia detrás, los pobres ojos humanos les parecía que limitaban en extremo la visibilidad.

Döty yacía muerta en su enorme lecho. Su voluminoso cuerpo había tomado un color verdoso producido por su rápida descomposición en contacto con el oxígeno de la atmósfera terrestre.

La gran prueba se había realizado por mandato de Kalok, el Inflexible, que había castigado a la profesora a sufrir el contacto con la atmósfera del Tercer Mundo. Así se sabía, con toda seguridad, que la vida en la Tierra, una vez fuese ésta conquistada por los «Noxos», debía desarrollarse, como ocurría en Plutón, dentro de los «Platillos» hasta que el organismo de aquellas criaturas se fuese acostumbrando paulatinamente a las condiciones de su nuevo hogar cósmico.

Toh no había entendido muy bien el motivo que había provocado la temible cólera de Kalok, llevándole a castigar a su esposa. Pero, en la mente del «Noxo» aquello carecía de importancia y no debía ser motivo de cólera o de tristeza. Tales sentimientos no se manifestaban en el cerebro de ellos, que no los habían conocido

jamás.

Por encima de sus potentes inteligencias planeaba la de Kalok, mil veces superior en todo y que no admitía discusión alguna respecto a su conducta. Había entre ellos y su impenetrable jefe una extraña corriente magnética que les acompañaba siempre. La «presencia» de Kalok era sentida a través de cualquier distancia por muy grande que fuese ésta.

Los dos «Noxos» regaron con su atmósfera de metano el interior de la cabina. La mirada que el esposo dirigió a la esposa, con sus ojos brillantes, que se movían detrás de la transparente caperuza que cubría su cabeza, no expresaba sentimiento alguno, más que una curiosidad puramente científica.

—La atmósfera del Tercer Mundo es muy nociva para nosotros —manifestó fríamente.

—Debe ser una atmósfera degenerativa —repuso el otro—. Si no fuese así, no se explicaría el atraso y la debilidad de esas criaturas...

—Sin embargo, a pesar de sus pobres medios y de su inteligencia limitada, han llegado a conseguir una civilización interesante.

—¡Bah! Fuera del empleo de la energía atómica, que nuestra Especie conoce y emplea hace más de mil millones de años, nada he podido observar que demuestre lo que dices. Ya verás, cuando conozcas el proyecto de Kalok, lo que durarán esas criaturas del Tercer Mundo.

Luego, volviéndose hacia el inerte cuerpo de Döty.

—Debemos refrigerar esta cabina para que el cuerpo se conserve apto a las observaciones de los sabios.

Phut salió de la estancia, volviendo poco después con una botella semejante a la que mantenía su compañero, pero de dimensiones más reducidas. Colocándola en el suelo, manipuló en una llave hasta que el silbido que emitía la botella le demostró que ya estaba en marcha.

—Vamos —dijo, dirigiéndose a Toh—. Dentro de muy poco, la temperatura de esta cabina alcanzará los doscientos setenta y tres grados bajo cero^[7].

Tornaron a la cabina de mandos después de haber cerrado herméticamente la que acababan de abandonar. A partir de aquel momento, ni el uno ni el otro volvieron a dedicar un solo pensamiento al cuerpo de la hembra que se había congelado en su tumba volante.

Cuando la intensa luminosidad de la estrella Delta, de la Constelación de los Gemelos, fue dejada a un lado, Plutón apareció al fin, en la lejanía, como un cuerpo esférico que brillaba mucho menos que los astros que le servían de fondo.

¡Hasta allí, a cinco mil novecientos veinte millones de kilómetros, llegaba la fuerza atractiva del Sol! Plutón, como los otros Planetas del Sistema, obedecía a la potente e invisible mano del Astro que le hacía girar en una larga elipse que el pequeño planeta tardaba en recorrer doscientos cuarenta y nueve años...

Después de aquella interminable travesía espacial, el «Platillo volante» conducido

por Phut llegaba, al fin, a los límites del Sistema Solar. La masa del Planeta al que se dirigían fue dilatándose ante ellos hasta ocupar totalmente su horizonte visible desde la proa del aparato.

¡PLUTÓN!

Un mundo perdido en los confines del Sistema. Un globo pétreo helado al que la luz del Sol tardaba en llegar alrededor de las cinco horas, a la fantástica velocidad de 300 000 kilómetros por segundo...

El «Platillo volante» oblicuó hábilmente pilotado para penetrar tangencialmente en la órbita de atracción del Planeta. Luego, girando a su alrededor, cada vez más bajo, fue acercándose a lo que ya empezaba a ser visible.

Altas montañas completamente cubiertas de hielo testificaban la horrenda temperatura que reinaba allí. Las laderas y casi la totalidad del terreno plutoniano que se veía, estaba cubierto de hondas grietas que la erosión de los hielos habían producido.

Un mundo desierto, abandonado casi por el Sol, hundido casi en una semioscuridad permanente y navegando, como un hermano leproso y despreciado por los otros planetas, en la lejana comarca del fin del Sistema, bordeando y limitando el hórrido abismo del Vacío.

El astronave descendió definitivamente hacia el rugoso Suelo. Una vez hubieron «plutonizado^[8]», el aparato siguió moviéndose sobre su tren de aterrizaje hacia las laderas de una gigantesca montaña que parecía ser la más alta del Planeta.

A medida que se acercaban a ella, iban haciéndose visibles una fantástica cantidad de «Platillos» que parecían formar una ciudad metálica que se extendía ampliamente en la base de aquella montaña.

Lentamente, después de situarse en el aire y de inmovilizarse por completo, tal y como hacen los helicópteros, el «Platillo» descendió suavemente hasta posarse sobre el terreno volcánico sin ruido alguno.

Instantes más tarde, Toh y Phut, tras haber revestido las caperuzas de materia transparente, salieron de su astronave. Antes habían metido el cuerpo de Döty en una especie de saco enorme que ahora llevaban entre los dos, sin parecer que aquella enorme carga les fatigase mucho.

Avanzaron, sin embargo, lentamente hacia un gigantesco «Platillo», posado en el centro de aquella verdadera ciudad, y cuyo diámetro alcanzaría, sin duda alguna, más de un centenar de metros.

Una escala, sin escalones, formada por una rampa suave de aspecto metálico, nacía de la entrada de aquella colosal astronave. Cuando ambos «Noxos» llegaron a la proximidad de la lisa puerta que cerraba automáticamente la entrada, ésta se abrió suavemente, dejando aparecer una estrecha cámara que parecía no tener otra salida que la que habían utilizado para entrar.

Una luz verdosa nacía misteriosamente de las sólidas paredes, sin que apareciese, por lado alguno, nada que semejase una lámpara o algo similar. La luz parecía salir

directamente de la superficie pulida que formaba las paredes.

Nada más penetrar allí y después que la puerta se tornó a cerrar completamente, un silbido agudo anunció la entrada, por algún invisible punto, de la atmósfera utilizable por los «Noxos».

Cuando los dos que se encontraban en el interior de aquel compartimento estanco calcularon que la «pureza» de su ambiente era satisfactoria, se quitaron rápidamente sus esferas transparentes, respirando con fruición el gas metano que reinaba en la cámara.

La pared del fondo giró sobre sí misma, apareciendo, al otro lado, un nuevo «Noxo», cuyo monstruoso cuerpo parecía cubierto con algo que brillaba como la plata.

—¡Bienvenidos! —saludó—. Kalok os espera, apresuraos...

El pasillo por el que avanzaban, siguiendo al último «Noxo» de brillante traje, tenía unas dimensiones colosales y a ambos lados, completamente cerradas, se veían una interminable cantidad de puertas.

Al final, después de marchar durante diez buenos minutos, desembocaron en un salón inmenso, donde la luz verdosa era más intensa. Sentados sobre sus amplios sillones metálicos, un par de centenares de «Noxos» miraban atentamente a una especie de alta tribuna ocupada por uno de ellos, cuyo volumen duplicaba al de cualquiera de los allí presentes.

El introductor, que precedía a los recién llegados, les dejó avanzar hacia el borde circular que delimitaban los primeros asientos. Luego, con un gesto, les hizo detenerse, prosiguiendo él el camino hacia adelante hasta llegar al pie de la tribuna.

Una vez llegado, inclinóse respetuosamente.

—¡Poderoso Kalok! Toh y Phut, de la Tercera Escuadra, han vuelto de su viaje de inspección al Tercer Mundo. Traen consigo el cadáver de la rebelde Döty, que recibió el castigo que merecía.

Los ojos de Kalok se movieron intensamente en el extremo de sus pedúnculos. Uno de ellos estaba fijo en el que hablaba; el otro no dejaba de mirar a los recién llegados.

Durante un largo rato, en medio de un silencio sepulcral, permaneció sin moverse. Luego, levantando uno de sus brazos.

—¡Que Toh y Phut sean los bienvenidos! ¡Que ocupen sus puestos! ¡Que el maldito cuerpo de la rebelde sea llevado, sin dilación, a los laboratorios! ¡He ordenado!

Todo se hizo rápida y silenciosamente. Cuando los dos pilotos hubieron tomado asiento en sus respectivos sillones, Kalok se puso en pie para seguir hablando de los temas importantes que trataba en el momento en que fue interrumpido por la llegada de los exploradores.

—OS decía que el hallazgo de estas criaturas de Plutón ha constituido una verdadera suerte para nosotros. Ya sabéis que estábamos dispuestos a apoderarnos del

Tercer Mundo utilizando nuestras armas y luchando, como tantas veces hemos hecho, en nuestro largo peregrinar por el Espacio. Pero al encontrar a los plutonianos y después de investigar su curiosa naturaleza, enfrentarlos con los habitantes que hemos capturado en la Tierra, nos ha proporcionado un arma cómoda y gratuita que nos impedirá luchar y sufrir en la conquista del Tercer Mundo de este Sistema.

—Todos vosotros habéis tenido la ocasión de ver, en nuestra ciudad, los depósitos en los que tenemos encerrados a los plutonianos que hemos capturado. Todos habéis contemplado, a la luz de rayos «penetradores» esas extrañas criaturas elementales que parecen campanas transparentes y que están dotadas de unos cortos brazos provistos de potentes ventosas. Nuestros sabios y el Consejo de los Ancianos, aseguran que se trata de formas degenerativas de los antiguos habitantes de este Planeta que, al ir enfriándose, hubieron de modificarse, tomando la forma que actualmente poseen. Durante muchos millones de años, han ido perdiendo los atributos que tenían al principio, desapareciendo en ellos todo vestigio de inteligencia y llegando al estado de animales inferiores que ahora tienen. Habiendo desaparecido por completo los vegetales y animales que les servían de alimentos, han tenido que adaptarse a una nueva forma de vida y en las entrañas de este Planeta viven, en absoluta oscuridad, nutriéndose de las sustancias fosfóricas que allí se encuentran en gran cantidad.

—¡Fue precisamente este modo de alimentación el que nos puso sobre la pista que nos ha conducido al éxito! Nuestros sabios, que habían estudiado detenidamente los primeros ejemplares humanos que capturamos en el Tercer Mundo, se percataron enseguida que toda la inteligencia de estas criaturas estribaba en la riqueza de fósforo en algunas partes de su cuerpo, sobre todo en la cabeza. Como habíamos destrozado sus cuerpos para estudiarlos, nos vimos obligados a capturar más, y con los nuevos ejemplares que conseguimos, hicimos el gran experimento del que dependía nuestro triunfo sobre ellos.

—¡Los resultados fueron definitivos! Aplicados sobre las cabezas de los habitantes del Tercer Mundo, los plutonianos absorbían velozmente el fósforo contenido en los órganos de esas criaturas, paralizándolas por completo. Toda su inteligencia se desvanecía rápidamente, quedando en un estado en que no reaccionaban ante ninguna clase de estímulo, por muy fuerte que éste fuese.

—Pero lo más interesante de esto, se desprende de la característica que poseen los plutonianos de no necesitar atmósfera alguna para su vida, ya que no respiran en el sentido que se da generalmente a esta palabra. Su «respiración» no es otra que la transformación destructiva, en el interior de sus cuerpos, del fósforo complejo de que se alimentan y que terminan convirtiendo en ácido fosfórico simple. Este importante dato nos permitirá lanzarlos sobre el Tercer Mundo con la seguridad de que serán un arma definitiva contra los que pueblan el planeta del que nos queremos apoderar.

Un rumor entusiasta se desencadenó en la inmensa sala, hasta alcanzar la calidad de un fenomenal griterío. Durante un buen rato, Kalok dejó que la alegría de sus súbditos se manifestase libremente. Necesitaba, como todos los directores de pueblos,

que el entusiasmo acompañase a los intereses de la comunidad.

Luego, apretando un botón, hizo que la luz guiñase repetidas veces. Inmediatamente, el silencio volvió a apoderarse del ambiente.

—¡El momento de la acción ha llegado! Después de un tiempo casi eterno, hemos encontrado, al fin, una Mundo que nos conviene plenamente. Tan sólo su atmósfera no es vital para nosotros, siendo, por el contrario, tremendamente nociva para nuestros cuerpos. Pero sabemos, por experiencia, cuán fácil es modificar la atmósfera de un Planeta. Nosotros, a lo largo de nuestras conquistas por el Espacio, hemos realizado idéntica empresa muchas veces.

Hizo una pausa mientras sus pedunculados ojos se movían hacia todas partes.

—¡He aquí mis instrucciones! Las Escuadras Primera, Segunda, Tercera, Cuarta y Quinta, se aprovisionarán de depósitos cargados de plutonianos. Seguidamente, se dirigirán, lo más rápidamente posible, hacia el Tercer Mundo. Una vez llegados a su destino, procederán a «sembrar» el Planeta de plutonianos, que llevan, en previsión, varias semanas sin alimentarse. Debido a su pequeño tamaño, cada astronave podrá llevar, aproximadamente, unos cinco millones de esas criaturas. Deseo, además, que antes que nada se «riegue» completamente el satélite del Tercer Mundo. Quiero establecer nuestras máquinas voladoras en el antes de lanzarnos definitivamente sobre el Planeta.

Guardó silencio durante unos instantes, pareciendo encerrarse en sus propias ideas. Luego, con voz potente:

—¡Que todo sea hecho inmediatamente! ¡HE ORDENADO!

CAPITULO QUINTO

El nuevo y misterioso mal sembró el desconcierto entre los más sabios y el terror y el pánico entre aquellos cuyo deseo era sólo el de vivir en paz...

BRUCE contemplaba la faz del piloto, intentando perforar el enigma que parecía estar escondido en aquel inexpresivo rostro...

Las palabras que iba diciendo el director del «New-Hospital», a su lado, le llegaban como si hubiesen sido pronunciadas en una lejanía absurda, tan ensimismado estaba ante el enfermo.

Sin embargo, no perdía ni una sola sílaba de lo que le estaban diciendo.

—La Torre de Control de nuestro Astropuerto de Londres se extrañó al no recibir contestación alguna del «Anglo-234». Generalmente, y como usted sabe, la llegada de un astronave se anuncia con tiempo para preparar su aterrizaje. Pero la «Anglo-234» permanecía silenciosa y fueron inútiles todas las urgentes llamadas que se le dirigieron. La alarma fue dada inmediatamente y al percatarse que el aparato seguía marchando merced a su piloto automático, a pesar de estar ya penetrando en la zona de atracción terrestre, se hubo de dirigir desde el Astropuerto las maniobras que debía hacer el propio piloto. Finalmente, cuando el «Anglo-234» tomó tierra, las ambulancias de servicio se precipitaron hacia él, descubriendo entonces la terrible realidad. ¡Fue horrible!

El Director guardó silencio y siguiendo la mirada del profesor, contempló el rostro del piloto, que seguía con la mirada perdida en un infinito de locura.

Finalmente, Harold se volvió hacia su superior.

—No puedo dar a mis palabras —empezó a decir— la fuerza de un diagnóstico definitivo. Pero, por lo que observo en este hombre, el mal ha producido una amencia completa. Algo que recuerda a las formas «catatónicas» de la esquizofrenia^[9].

—Lo que me gustaría saber es el origen de todo esto.

—A mí también. Más, por el momento, hemos de ceñirnos a lo que está al alcance de nuestra mente. Por lo que observamos, estos pobres no podrán alimentarse por sí mismos. Debemos, pues, procurar nutrirlos por medio de una sonda, si no deseamos que perezcan de inanición. Desde ahora, hasta que encontremos la forma de curarlos, cosa que adivino será de una enorme dificultad, debemos considerarlos como seres inútiles, desprovistos de voluntad y en los que los instintos, principalmente el de conservación, han sido anulados por completo. Abandonados a sí mismos, no tardarían en morir, ya que son incapaces de reaccionar ni ante el hambre, ni la sed y cualquier peligro, por grave que fuera, que les amenazara.

El director observaba atentamente al enfermo. Interiormente deseaba, de todo corazón, que aquella maldita y misteriosa enfermedad fuese desentrañada, cuanto

antes, por el profesor Bruce. El nombre y el honor del «New-Hospital» de Londres estaban empeñados definitivamente en aquella tremenda lucha contra lo desconocido.

—¿Cree usted —inquirió con voz trémula— que no se puede hacer algo... por el momento?

Bruce asintió con la cabeza, antes de expresar su opinión.

—Vamos a empezar a trabajar ahora mismo —dijo con acento decidido—. Por el momento, trasladaremos al piloto a la sala de Investigaciones Cerebrales para someterlo al control del «Frenoscopio». Deseo saber lo que ocurre en su mente.

El director pareció encantado, ordenando rápidamente al personal auxiliar para que procediese a llevar al cuerpo de aquel hombre al lugar que había indicado Bruce.

Una vez en la enorme sala de Investigaciones Cerebrales, el cuerpo del piloto fue colocado en una especie de cama movable. Inmediatamente después, Harold procedió a colocar sobre su cabeza una serie de complicados cables que terminaban en unos polos de materia plástica que se adherían fijamente a la piel. En las zonas en las que los cabellos del examinando le molestaban, cortó el pelo para aplicar los polos sobre el cuero cabelludo.

Inmediatamente después, Harold se dirigió a los mandos del «Frenoscopio», accionando las palancas que pusieron en marcha el aparato. Un rodillo de papel ahumado empezó a registrar las «micro-ondas» que traducían eléctricamente la actividad del cerebro.

Desde mediados del siglo xx se había generalizado el empleo de un aparato denominado «electroencefalógrafo», destinado a medir la actividad eléctrica del cerebro. Desde un principio, los psiquiatras soñaron en que aquel aparato llegaría a permitir la «lectura» del pensamiento. Pero, contra todas las ilusiones concebidas, el electroencefalógrafo resultó solamente apto para determinar ciertos estados de epilepsia. Fue después, cerca del final del siglo, hacia 1987, en que, después de realizar algunas importantes modificaciones en el aparato, se empezó a lograr que las ideas fuesen captadas y traducidas a palabras. Desde aquel momento, la antigua, ya clásica, experiencia del psicoanálisis, desapareció por completo ante la nueva y fácil técnica que proporcionaba el nuevo aparato que recibió un nombre menos complicado que el anterior.

Así era el «frenoscopio» que manejaba, en aquellos momentos, el profesor Bruce.

Sobre el rodillo de papel ahumado se fueron inscribiendo las ondulaciones que traducían la «vida» cerebral energética. Luego, cuando Harold se percató de que había llegado el momento, estableció el contacto con el altavoz que reproduciría mentalmente las «ideas» del piloto.

Nada se oyó.

El silencio, fuera del tenue sonido de la aguja que marcaba sobre el cilindro, era completo.

—Su conciencia está completamente vacía —susurró Bruce.

El director no pudo evitar una exclamación.

—¡Es la demenciación completa para este pobre hombre... y para los otros también!

Harold parecía no escucharle.

—Vamos a profundizar más. Quizás en las capas hondas de su inconsciencia podamos encontrar algo.

Accionó un nuevo resorte y un zumbido más intenso le hizo saber que el «frenoscopio» funcionaba a pleno rendimiento y que nada que existiese en la mente del paciente escaparía ahora a la observación.

Durante diez largos minutos, los dos hombres se mantuvieron en silencio sin separar sus ansiosas miradas del cilindro, que seguía pintando ondas idénticas a las que había empezado a dibujar. Aquello expresaba claramente la falta absoluta de actividad mental en el cerebro del desdichado piloto.

Pero de repente, la forma de las ondas empezó a modificarse. Al principio, sólo una cada diez ofrecía un aspecto diferente, más redondeada que las que le precedían, cuya forma era generalmente picuda.

Luego, en medio del terrible silencio que reinaba en la sala de Investigaciones Cerebrales, se oyó una voz cavernosa que partía del altavoz situado en una de las paredes. Aquella voz parecía venir de muy lejos; de las tremendas fronteras de la vida, de regiones en las que ni el mismo paciente hubiese podido penetrar ni haciendo el mayor esfuerzo de concentración.

—¡MUERTE!... ¡MUERTE!... ¡MUERTE!

Repetía aquella palabra sin interrupción. Un escalofrío involuntario corrió por la espalda del Director del «New-Hospital».

—¿Qué le ocurre? —inquirió con una voz cortada por la emoción y, quizás, por el miedo.

—Su mente desea la Muerte —repuso Bruce—. Suele ocurrir esto en aquellos seres que han cortado sus amarras con la vida. En realidad, este hombre no es más que un cadáver vivo. Por muy paradójico que esto parezca no deja, sin embargo, de ser verdad. A pesar que le alimentemos contra su propia inercia, el inconsciente de esta pobre criatura no formula otra cosa que el final que adivina mucho mejor que nosotros. Esto se llama, desde los tiempos de Freud; «instinto tanático» o «deseo de la Muerte^[10]».

—¡Terminemos con todo esto! —rugió el asustado director—. ¡Le aseguro que no puedo más!

Bruce desconectó el aparato y pulsando un timbre hizo que los enfermeros acudiesen.

—Llévense a este enfermo a Su lecho. El médico de guardia establecerá el tratamiento adecuado que hay que seguir rigurosamente.

—Muy bien, profesor.

Precedido por el Director, que estaba verdaderamente impaciente por salir de la sala de Investigaciones Cerebrales, se dirigió hacia el despacho del primero. Una vez

allí, su superior se precipitó sobre el mueble-bar.

Sus manos, al apoderarse de las copas y de una botella de excelente «whisky», temblaban visiblemente.

En silencio sirvió la bebida y mucho antes que Harold hubiese llevado su copa a los labios, el otro había consumido, de un veloz trago, el contenido de la suya.

—¡Ahora empiezo a sentirme algo mejor! —exclamó, al tiempo que lanzaba un profundo suspiro.

Bruce permanecía absorto en sus propias ideas. Esforzaba cruelmente su cerebro para lograr encontrar una solución al espantoso problema que tenía ante sí. No podía imaginar una causa suficientemente clara que hubiese provocado aquella demencia colectiva en el interior del «Anglo-234». Ni las causas del viaje, que él había hecho numerosas veces, ni la presión interior, ni ninguna clase de fallo en el sistema de oxigenación podían explicar la naturaleza y el nacimiento de el aquella demencia...

—¿Se ha examinado el aparato después del aterrizaje? —inquirió.

—¡Naturalmente! Minutos después de recibir a su enferma tripulación, hablé personalmente con el ingeniero principal del Astropuerto. Me manifestó, de una manera irrefutable, que el «Anglo-234» estaba en perfectas condiciones y que ninguna avería se había producido. También me dijo que la «Moon-Line» estaba dispuesta a demostrar, ante cualquier Tribunal, que su aparato no había sido culpable de nada de lo ocurrido.

—Eso creo yo. No existe causa física alguna, al menos aparentemente, sobre la que se pueda cargar la responsabilidad de lo que ha pasado. Debe existir, y de ello no dudo ni un solo instante, una causa directa que es la que debemos encontrar —hizo una corta pausa—. Por el momento, voy a reclamar la presencia de la profesora Shanley...

—¿Su prometida? ¿Dónde se encuentra ahora?

—En el Alto Amazonas. En la nueva ciudad que se ha fundado allí. Está realizando unos trabajos sobre la mentalidad de algunas tribus que hoy viven entre los blancos...

—Si me lo permite, yo mismo me encargaré de hacer que la avisen. Como voy a visitar al jefe del Gobierno, para informarle de la marcha de los trabajos sobre lo ocurrido en el «Anglo-234», utilizaré la línea gubernamental para avisar a la señorita Joan.

—Se lo agradezco mucho...

El timbre de llamada del «viso-teléfono» cortó la frase que Bruce se disponía a terminar. El profesor oprimió el botón que iluminaba la pantalla, al tiempo que establecía la comunicación.

En la pulida superficie de cristal, la imagen de un hombre joven apareció.

—¡Buenos días, Director! —Luego, vislumbrando al otro—: ¡Buenos días, profesor Bruce!

Este saludó después que lo hubo hecho su superior. Inmediatamente inició su

marcha hacia la puerta.

—¡No se vaya, Harold! —gritó la imagen de la pantalla—. Lo que tengo que decir le interesa a usted también.

El comunicante era Harry Troxmbler, el Jefe de Sanidad de Inglaterra.

Una vez que ambos oyentes se hubieron situado ante el aparato, Harry tornó a hacer uso de la palabra.

—¡Malas noticias para todos! —anunció, acompañando sus palabras de un gesto de impotencia—. La enfermedad que padecen los tripulantes del «Anglo-234» se esta extendiendo por todo el país.

—¡Eso no es posible! —cortó el Director con voz apagada.

—¡Ojalá fuese así! Sin embargo, las noticias e informaciones no dejan de llegar incesantemente al Ministerio. Casi todos los condados están afectados. Poseemos, noticias igualmente pesimistas de Escocia, Irlanda del Norte, Hampshire, Sussex, Witshire y Cumberland. Como pueden ver, la zona atacada es enormemente amplia...

La imagen se volvió dentro de la pantalla. Luego, tornándose hacia sus interlocutores:

—Debo dejarles, señores. El Ministro me requiere con urgencia. De todos modos, convendría que utilizasen su televisión. Según acaban de anunciarme, la Estación Televisora de París está comunicando algo muy interesante.

La pantalla se apagó entonces. Los dos hombres se contemplaron en silencio durante algunos minutos. Después, Bruce avanzó hacia el enorme televisor que ocupaba casi la totalidad de uno de los muros.

Momentos más tarde, al aparecer la imagen del visolocutor, sus palabras se dejaron oír.

—Aquí, la Radio-Televisión Francesa. Después de haberles dado una amplia información sobre la nueva enfermedad, que ha sido denominada «Demencia fulminante» por el profesor Solis, de la Sorbonne, pasamos a darles las noticias de última hora, respecto a este grave asunto, de todo el mundo.

—Londres ha sido la primera ciudad del Globo que ha comunicado la existencia de la «demencia fulminante», de Solis. En Francia, y en algunos de sus Estados Asociados, singularmente Madagascar y Argelia, durante la mañana de hoy se registraron varios casos en ambos territorios. Roma ha comunicado que, tanto en la propia capital como en las ciudades meridionales, se conoce ya el fenómeno pandémico. Madrid da noticias menos alarmantes; pero en Valencia, Barcelona y Málaga los casos presentados son bastantes numerosos. La República Federal Rusa, desde Moscú, habla de la «demencia fulminante» que ha estallado en Crimea, Ucrania y, en general, en todos los países que bordean el Mediterráneo Oriental. Coinciden en comentarios semejantes, Bucarest, Budapest, Atenas, Belgrado, Tirana y otras muchas capitales europeas.

—En nuestra emisión de esta noche iremos ampliando los datos. Al mismo tiempo, advertimos al público para que no se deje llevar por pesimismo alguno, ya

que se puede decir que una vacuna contra este mal se está preparando rápidamente en el Instituto Pasteur.

La pantalla quedó brillando hasta que el Director, con un gesto de hombre terriblemente cansado, hizo girar el botón que apagaba el aparato. Luego, después de encender uno de sus puros favoritos:

—¿Cree usted que el Instituto Pasteur...?

—Yo no creo nada —repuso el profesor—. De todas formas, la manera de calmar al público, como hacen en Francia, me parece un verdadero acierto. Conviene, cueste lo que cueste, evitar el pánico... hasta que logremos hallar el origen del mal... o perezcamos todos.

—¿Cree usted que eso sea posible? —El Director había palidecido intensamente—. ¿No será necesaria una tara orgánica para que la demencia se desarrolle en una determinada persona?

Bruce movió negativamente la cabeza.

—Siento no poder darle una respuesta satisfactoria. Pero, por lo que llevamos observado hasta ahora, nada parece demostrar que alguien se haya librado del maldito mal. A bordo del «Anglo-234» tenemos el ejemplo más palpable de que la enfermedad ataca a todo el mundo. ¿Cree usted que todos los tripulantes de la astronave tenían predisposición a la demencia?

Hizo una larga pausa, durante la cual permaneció profundamente ensimismado.

—Nos encontramos ante un problema de gravedad extraordinaria. El mundo no se da cuenta de que algo, cuya esencia nos escapa, ha caído como una maldición sobre la Humanidad. Si ésta no es capaz de sobre montar esta prueba y no descubre el origen de la amenaza que se precipita sobre ella, el Hombre dejará de existir sobre el Planeta.

Sus palabras, solemnes y al mismo tiempo sinceras, sonaron en los oídos del Director como las trompetas del juicio Final.

—Yo voy a lanzarme al trabajo inmediatamente —siguió diciendo Bruce—. Le ruego, señor, que no olvide de prevenir a mi prometida. Necesito su preciosa colaboración, ya que se ha especializado en Microbiología, y su ayuda me resultará imprescindible.

—No se preocupe, profesor. Desde el Gobierno, cursaré un tele-cable urgente a la doctora Schanley. Por otra parte, deseo que Dios le ayude en sus investigaciones. ¡Quiera El que podamos salir de este callejón sin salida!

CAPITULO SEXTO

La Especie humana se deslizaba rápidamente hacia una demencia que la aniquilaría, por completo. La voluntad maligna del Supremo «Noxo» se iba cumpliendo inexorablemente...

LONDRES en febrero del 2018.

Desiertas sus calles, silenciosas sus avenidas, un gris cielo negaba a la ciudad el menor rayo de sol. Si alguna vez se desea pintar una tumba de colosales dimensiones, un cementerio gigantesco o se desea rememorar el aspecto de las ciudades europeas durante una de aquellas epidemias fantásticas de la Edad Media, mil veces más grande que cualquiera de entre ellas, que se tome a Londres como modelo...

De sus veinte millones de habitantes, dos tercios han perecido. Al principio, sus calles se hallaban repletas de vehículos ambulancias y de negros coches que se dirigían fatalmente al cementerio. Ahora, mes y medio después de aparecida la extraña dolencia, nadie es capaz de recoger los cadáveres que llenan las calles, las plazas y los bordes solitarios del Támesis.

Todo vestigio de vida, toda huella de actividad parece haber desaparecido para siempre. Los muelles se encuentran envueltos en el macabro silencio que ha caído sobre toda la urbe. Barcos de todas las nacionalidades, que llegaron cargados de mil distintos productos, se han convertido en tumbas flotantes, repletas de cadáveres nacidos en cien países distintos.

Si durante el día el aspecto de Londres es francamente horrible, al llegar la noche, lo dantesco aparece con toda su fuerza. La mayoría de las Centrales eléctricas, faltas de brazos, han dejado de funcionar y las tinieblas reinan en supremas soberanas sobre la ciudad. Fuera de los muertos y de los asaltadores de siempre, que ninguna catástrofe detiene, las calles permanecen en una triste e infinita soledad de cosa acabada.

Nadie se hubiese atrevido a soñar un Fin de Mundo de tan tétricas características. Acabase por el fuego o por el agua, en una repetición del Diluvio, lo que ahora acontece carece de la grandiosidad catastrófica con que el Hombre había calculado siempre que acabaría la vida sobre el Planeta. Por el contrario, el Final, que ya se prevee por los más optimistas, tiene algo de burla miserable del Destino, de traición a la Especie humana...

Pero Londres, dentro de su gigantesca tragedia, no es más que un ejemplar de pueblos, millones de aldeas ofrecen el mismo o parecido aspecto. La Humanidad entera perece en una demencia que lleva consigo la pérdida de la voluntad, el abandono de los instintos más elementales. Y una vez cogido en el cepo de su terrible amencia, el Hombre es incapaz de nada que no sea abandonarse a su triste destino y esperar la hora de la Muerte.

Todas las medidas profilácticas que las autoridades sanitarias impusieron desde un principio han sido completamente ineficaces. En Francia, la ansiada y esperada vacuna del Instituto Pasteur demostró ser tan inútil como todas las drogas y remedios que se preconizaron por todas las partes del Mundo.

La voluntad ha abandonado al globo terráqueo. Tan sólo un puñado de hombres, encerrados herméticamente en sus laboratorios, siguen estudiando el problema, forzando sus mentes con la esperanza vibrante de llegar a descubrir el origen del fatal mal que ha caído sobre la Tierra.

Uno de esos hombres, Harold Bruce, seguía trabajando arduamente, sin descanso apenas, en el aislado laboratorio del «New Hospital». Su joven prometida, en una sala vecina, con los ojos en el visor de su microscopio electrónico, continuaba su infatigable observación de los tejidos que los mozos del laboratorio traían de las calles de Londres.

Era una lucha tenaz, titánica contra lo Desconocido. Jamás se había presentado ante ellos un problema médico de aquella categoría y que no pareciese poseer la menor huella, el menor indicio en qué basarse para orientarse un tanto en aquel inexplicable dédalo de misterios.

La doctora Schanley proseguía la tarea que le había encomendado su prometido. Este tenía la seguridad de que la clave del misterio se encontraría en las observaciones microscópicas, ya que los datos clínicos, acumulados en cantidad enorme, no habían proporcionado nada positivo.

Como en el resto de los Laboratorios del Mundo, en el que los hombres trabajaban incesantemente para resolver lo que ya empezaba a ser la agonía de la Humanidad, en el «New Hospital» se habían realizado una serie de medidas para mantener a los investigadores en ciertas condiciones de aislamiento.

Para llegar a los laboratorios, instalados en los sótanos del enorme edificio, se tenían que atravesar varias habitaciones en las que el visitante era «regado» con las más fuertes soluciones antisépticas que se conocían.

Los permisos de salida habían sido anulados para todos los casos y los profesores no podían moverse del lugar en que estaban confinados, proveyéndoles de todo lo necesario a través de una verdadera «barrera sanitaria». La alimentación se preparaba en un departamento especial anejo a las instalaciones científicas.

Adam Bruce se retiró de la mesa en la que estudiaba arduamente, desde hacía cerca de seis horas, unas muestras de tejidos tomadas en los cadáveres de los afectados que se recogían a puñados en cualquier calle de Londres. Pasándose la mano derecha por la frente ardiente, se dejó caer en uno de los sillones que estaban junto al muro. Su ayudante, el doctor Tompson, se acercó a él al cabo de un instante.

—¡No puedo más! —dijo sentándose junto a Bruce—. ¡Es la labor más ingrata que he visto!...

—Sí —comentó el profesor—. Todo esto es, en demasía, deprimente y hasta absurdo. Estamos luchando, de eso estoy absolutamente seguro, contra algo superior;

algo que nos supera como una de esas teorías filosóficas que escapan de la mente humana.

—Lo que no comprendo —replicó el otro— es la aparición en la Tierra de una pandemia como la que sufrimos. Si nuestros abuelos levantaran la cabeza se reirían de nuestros adelantos en el campo de la medicina. ¿Para qué os han servido?, preguntarían. Para que el globo terráqueo ofrezca el mismo aspecto, o aún peor, que en cualquier época medieval en la que el hambre o la peste diezmo a Europa.

Bruce movió la cabeza de un lado para otro, al tiempo que una sonrisa se dibujaba en su fatigado rostro.

—¡No exageremos, Tompson! —repuso—. Si en cualquier época de la Historia se hubiese sufrido esta calamidad o una semejante, no estaríamos ahora hablando ni criticando nada —hizo una pausa—. No, amigo mío, es la primera vez que el Mundo se encuentra ante un peligro tan cierto y tan definitivo...

El «fonoteléfono» le interrumpió con su enervante sonido.

Tompson, con un gesto de fastidio, se acercó a la diminuta pantalla. Instantes después, volviéndose hacia Bruce.

—Es para usted, profesor.

En la pantalla del aparato se pintaba el rostro de Amater, el anatomopatólogo del «New Hospital». Aquel hombrecillo, que pasaba muy poco del metro cincuenta de estatura, había realizado más de tres mil autopsias en lo que llevaba la «demencia» sobre Inglaterra. Infatigable en su macabro trabajo, no se concedía apenas descanso.

El aspecto excitado de su rostro no dejó de llamar la atención de Bruce. Viejos amigos y condiscípulos durante la carrera, se trataban con la más sincera amistad.

—¡Ya lo tengo, Adam! —Lanzó nada más ver la imagen de su amigo en su pantalla—. ¡Me ha costado mucho, pero al fin he logrado esclarecer el misterio!

—¡Voy enseguida, Amater! —Luego, volviéndose hacia su ayudante—: Venga conmigo,

Tompson...

Atravesaron velozmente el largo pasillo que conducía a la «Morgue». Una vez allí, el frío que brotaba de las cámaras frigoríficas les azotó el rostro. El diminuto doctor Amater se precipitó a su encuentro.

—¡Hola, Tompson! —Luego, cogiendo del brazo a su compañero—: ¡Ven, Bruce!

Lo arrastró hacia el fondo de la Sala de Autopsias. Después de atravesar los estrechos pasillos que dejaban entre sí las mesas de mármol en las que yacían los mutilados cadáveres, llegaron hasta una enorme mesa en las que se alineaban dos centenares de cráneos perfectamente limpios. Bruce le miró con extrañeza.

—He trabajado con los «fiambres» desmenuzándoles como jamás lo he hecho. No he dejado ni la menor parcela de los cuerpos sin estudiar. Finalmente y gracias a una información que me proporcionó tu prometida, me atacé a los cráneos...

—¿Qué te dijo Joan? —inquirió.

—Me habló de la carencia absoluta de fósforo en los cadáveres de los afectos por

la «demencia fulminante» La cuestión me preocupó demasiado, empujándome a observar los tejidos más ricos en esa sustancia. En el nervioso no encontré nada que pudiese esclarecerme el asunto. Estaba ya descorazonado, cuando me pregunté si en los huesos podía hallar lo que buscaba. Pero, por desgracia, nada especial había en ellos. Finalmente y cuando me disponía a abandonar el trabajo, se me ocurrió observar el cráneo con algún detalle. Después de varias experiencias me encontré con algo sorprendente... ¡Mira!

Había tomado uno de los cráneos y después de colocarlo en una especie de tubo espeso, apagó la luz.

Al principio, Bruce, que se había acercado al objeto, no vio absolutamente nada. Pero cuando sus ojos se habituaron a la visión en la oscuridad, percibió una serie de rayos de luz, finísimos, que atravesaban el hueso.

—¿Cómo explicas eso? —preguntó sintiendo una emoción que la iba ganando por momentos.

—¡Son agujeros! —exclamó vehemente Amater—. ¡Orificios por donde se ha escapado el fósforo cerebral!

Encendió la luz, quedándose mirando al profesor. Este, como todos los presentes, era incapaz de expresar el caos de ideas que se habían abalanzado en su mente.

—¡Es sorprendente! —exclamó al fin.

—Ya sé que no te atreves a decir lo que piensas —dijo el anatomopatólogo—. Pero yo voy a hablar por ti. ¡Sí, amigo mío! No se trata de enfermedad interna alguna. La Humanidad se está volviendo loca porque algún ser invisible les perfora el cráneo y les roba la sustancia más fundamental para la vida del cerebro...

Hubo un Silencio repleto de emoción.

—¡Pero eso es inaudito! —exclamó Tompson, a quien la sorpresa le había impedido hablar hasta aquel momento—. ¿Qué clase de animales o lo que sea son esos? Jamás he oído nada semejante...

—¡Vamos a mi despacho! —ordenó secamente Bruce.

Una vez instalados en la amplia estancia que servía de despacho a Adam, éste encendió su cigarrillo después de haber pasado su pitillera a los otros. En su frente, surcada, por profundas arrugas, un sudor frío empezaba a perlar. La lucha que mantenía en su interior era horrible y las palabras que se disponía a pronunciar le quemaban en la lengua como trozos de hierro al rojo.

Finalmente, levantó el rostro clavando sus pupilas sucesivamente en la de los dos hombres que le contemplaban en silencio.

—¡Señores —dijo con voz grave—, hay que anunciar al Mundo que estamos siendo atacados desde fuera de la Tierra!

* * *

Lotter tiró de la cuerda para avisar a los de la superficie que su trabajo había acabado. A través del cristal de la escafandra observó a los otros seis buzos cómo realizaban idéntica maniobra que él.

Empezó a ascender con lentitud. La oscuridad del cenagoso fondo del Támesis fue esclareciéndose a medida que iba subiendo hacía la superficie. Al fin, pudo contemplar el rápido pasaje de los peces que le rozaban, la mayoría de las veces, en su alocada huida.

Entornando los ojos, Lotter respiró profundamente, sintiendo en sus pulmones la picante sensación que procuraba el oxígeno demasiado puro que llegaba hasta él.

Luego dejóse llevar a sus íntimos pensamientos. Preguntóse, con toda sinceridad, por qué trabajaba todavía. Después de haber perdido a su joven esposa, que murió afectada por la enfermedad que había diezmando la población, nada le interesaba ya. Pero quizás el volver a hundirse, de nuevo, entre las sucias aguas del río le había permitido apaciguar un tanto el horrible dolor y la desesperación que, en los primeros momentos, se habían apoderado de él.

Diez años hacía que había comenzado, muy joven, a sentirse atraído por el trabajo de los buzos. Casi enseguida y antes de tener la edad reglamentaria, había conseguido emplearse en uno de los muelles, gracias a su extraordinaria fortaleza física que le hacía parecer mucho más viejo de lo que, en realidad, era.

¡Diez años!

Mientras iba ascendiendo hacia la superficie, las imágenes de aquella década de trabajo, de esfuerzo y de sacrificio, pasaron ante él como una cinta cinematográfica. Los recuerdos más vivos correspondían al último año, en el que conoció y amó a la muchacha más linda de su barrio. Olga Tuveroff, una húngara expatriada con su familia y que había conseguido salir del mundo de ruinas en que había quedado reducido su país después de la Tercera Guerra Mundial.

Apretó los dientes hasta hacerse daño. No podía llegara comprender cómo un absurdo y cruel destino le había golpeado de manera tan terrible. Acababan de dar por terminada su Luna de Miel cuando al regresar a Londres, la terrible y desconocida enfermedad empezó a hacer estragos entre sus habitantes.

¡Y Olga había sido una de las primeras víctimas!

Poco a poco, Lotter había ido perdiendo la sensibilidad ante la tragedia que había caído sobre el mundo. Como todos los hombres y mujeres que habían logrado sobrevivir a la enorme mortandad producida, había reaccionado de una manera natural y lógica, albergándose en una anestesia total ante el dolor y en una completa indiferencia ante lo que pudiese llegar.

Porque nadie escaparía a la Muerte. Y con tal concepto, que ya no podía calificarse de pesimista, lo mejor era esperar a que la misteriosa dolencia convirtiese el espíritu en algo tan vacío como una nuez prematuramente podrida.

Entreabriendo de nuevo los ojos, Lotter se apercibió de que sus compañeros ascendían más rápidamente que él. En otra ocasión, cuando Olga le esperaba en el

hogar, con una succulenta comida dispuesta y todo el cariño que podía darle, hubiese tirado de la cuerda para llegar a la superficie el primero y salir corriendo hacia el Metro que le conduciría a las proximidades de su home.

Pero ahora... ¡nada importaba el tener prisa o no! En realidad, todo carecía de importancia y si Lotter, como otros muchos, seguían trabajando, era para poder ocupar sus mentes en otra cosa que en la espantosa espera de la Muerte que no tardaría en llegar.

Una viva claridad inundó su escafandra, obligándole a entornar los ojos. Segundos después, su acorazada cabeza emergía sobre las sucias aguas del río y junto a la barcaza en la que ya se encontraban sus compañeros.

Ayudado por los mozos abarcó la borda, colocando sus pesados pies plomizos sobre cubierta.

¡FUE ENTONCES CUANDO SE DESATÓ LA TERRIBLE ESCENA!

A través del cristal de su escafandra, Lotter veía todo, pero era completamente incapaz de oír cosa alguna. Y por tal especial circunstancia, la muda y espantosa escena que se desarrolló ante sus ojos alcanzó un mayor nivel emotivo que provenía de lo grotesco de los gestos sin que ningún lógico sonido les acompañase.

Fue primero uno de los mozos que estaba acabando de desatornillar la escafandra del buzo que había precedido a Lotter. Aquel muchacho abrió la boca al tiempo que sus ojos parecían huir de sus órbitas. Luego, su gesto estúpido explicó lo ocurrido a Lotter.

¡Había sido atacado por el terrible mal!

No tuvo aquello la gravedad de algo inesperado. Lotter había visto aquella escena centenares de veces y no podía, por lo tanto, sentirse horrorizado por tal cosa. Fue el encadenamiento rápido de los hechos lo que empezó a llamar poderosamente su atención.

Habían transcurrido apenas unos segundos, cuando, uno tras otro, los hombres que lo rodeaban fueron presa de la «demencia». Los mismos gestos, el abrir de la boca, los ojos desorbitados y el rostro estuporoso se seguían a una velocidad terrible. Pero por encima de aquellos acontecimientos, Lotter vio lo que ningún ser huma no había pensado contemplar jamás.

¡A MEDIDA QUE LOS BUZOS SE DESEMBARAZABAN DE SUS ESCAFANDRAS SUFRÍAN EL ATAQUE DE LA «DEMENCIA»!

Uno tras otro, Lotter pudo observar cinco casos distintos. Y, si tal observación fuera poco, una sensación de PESO recayó sobre su escafandra.

¡LOTTER SENTÍA ALGO QUE GOLPEABA SOBRE EL COBRE QUE CUBRÍA SU CABEZA; COMO SI MUCHAS MANOS GOLPEASEN CON FUERZA SOBRE LA ESCAFANDRA!

A pesar de lo inaudito de todo aquello, el buzo no perdió su sangre fría. Lo que le estaba ocurriendo le recordaba enormemente la lucha con los pequeños pulpos y la sensación que se transmitía a través de la escafandra era realmente similar.

Apoderándose de su hacha, que había dejado sobre uno de los bancos de popa, se golpeó tangencialmente como solía hacerlo al ser atacado por algún octápodo, de forma a cortar sus tentáculos antes que el animal pudiese seccionar alguno de los tubos por los que llegaba el oxígeno.

A medida que golpeaba, iba sintiendo que la precisión ejercida sobre su escafandra disminuía notablemente. En el interior de su caja de metal, Lotter sudaba copiosamente. Jamás, aun en las luchas submarinas más terribles que había sostenido, se debatió más encarnizadamente que entonces.



Durante más de media hora, que le pareció un inacabable siglo, luchó desesperadamente contra aquel «animal» invisible que le atacaba incesantemente.

Porque, por muy sorprendente que pareciese todo aquello, «sentía» perfectamente cómo cortaba largos tentáculos con su afilada hacha. Finalmente, la presión que sentía sobre la escafandra cedió definitivamente...

Lotter se balanceó asediado por la fatiga. No pudiendo resistir más el aire viciado que penetraba por los tubos, los seccionó de un hachazo, sintiendo, a los pocos instantes, el fresco aire del exterior que respiró glotonamente.

Todo lo que hizo para descubrir los «restos» de sus atacantes fue completamente inútil. Después de recorrer la barcaza de proa a popa y de babor a estribor, tuvo que rendirse a la evidencia, empezando a pensar si no había soñado todo aquello o si su mente flaqueaba al borde de la temida «demencia».

Pero los cadáveres de sus compañeros le convencieron de lo contrario. Fue entonces cuando empezó a instalarse en su mente la idea de que había descubierto algo muy importante.

¡LA ESCAFANDRA LE HABÍA SALVADO!

Una alegría inmensa se apoderó de él. Su orgullo de ser humano se irguió violentamente mientras una sonrisa de triunfo aparecía en sus labios.

¡Al fin podría decirse que la Humanidad no sería vencida!

Corrió alocadamente hacia la cámara del motor y, tras ponerlo en marcha, puso proa al muelle, acelerando locamente. Ya sabía exactamente a qué lugar se dirigiría una vez desembarcado.

Recordaba la triste estancia de Olga en el «New Hospital» y el noble y afligido rostro de aquel joven profesor que hizo lo indecible por salvar la vida de su esposa.

¿Cómo Se llamaba aquel hombre? Lotter hizo un esfuerzo mental, hasta que consiguió encontrar lo que buscaba...

¡Bruce! ¡Aquel joven sabio se llamaba Bruce! Recordaba haber oído su nombre en muchas ocasiones y visto su rostro en las emisiones televisadas en las que se empezó a intentar tranquilizar a la población londinense.

Cuando la barcaza acostó junto al muelle, el buzo no se preocupó de echar amarras ni de maniobra alguna. Saltó a tierra, empezando a correr apresuradamente hacia el lugar en que se encontraba el «New Hospital». Ni el Metro, ni los autobuses, ni los taxis funcionaban. La ciudad parecía completamente muerta, ya que los pocos habitantes que quedaban con vida permanecían en sus domicilios, pues todo el mundo había descubierto la inseguridad de las calles.

Había sido una lección que costó muchas víctimas. Pero, a pesar de que en algunas casas, el mal atacó con tanta virulencia como en el exterior, la gente se percató enseguida que en aquellos domicilios en los que se abría muy poco, o nada, la puerta, el extraño mal atacaba mucho menos o no aparecía.

Al divisar la enorme masa del «New Hospital», Lotter sintió que las fuerzas le faltaban. Un vano temor se apoderó de él. ¿Le recibirían los sabios encerrados en sus Laboratorios? Y si lo hacían..., ¿escucharían la un pobre buzo al que, sin duda alguna, tomarían por loco? En aquella ciudad, como en casi todas las de la Tierra, el

especial estado de las gentes ponían en guardia a cualquiera...

Ante la puerta, dudó, durante un buen rato, lo que debía hacer. Pero algo le decidió de una manera definitiva, cuando ya pensaba abandonar lo que consideraba como una insensatez.

¡LA PRESIÓN VOLVIÓ A INSTALARSE SOBRE LA ESCAFANDRA!

Un miedo, como el que no había sentido jamás, le hizo estremecerse. Loco de terror ascendió a una velocidad vertiginosa las escaleras de mármol que conducían a la entrada. Una vez en el interior, lo solitario de los largos pasillos detuvo su veloz Carrera. Inmediatamente fijóse en las flechas rojas que indicaban la dirección a seguir.

Detrás de una pared de espeso cristal, un empleado le hizo señas para que se acercase al micrófono. Aquel hombre estaba extrañado de la inesperada aparición de un Sujeto que llevaba puesta la escafandra.

Lotter descorrió la trampilla de cristal enrejado que cubría su rostro.

—¡Deseo hablar inmediatamente con el profesor Bruce!

Lo que temía se produjo. El empleado le miró de una significativa forma, como si dudase de la integridad mental de aquel sujeto.

—El profesor Bruce está muy ocupado y ha dado orden de no ser molestado por nadie.

Por un instante, Lotter estuvo a punto de enviar a paseo a aquel cretino, dar media vuelta y desaparecer. Pero, al recordar la espeluznante presión que acababa de sentir a la entrada del «New Hospital», el miedo, que ya formaba parte integrante de su ser, le hizo insistir. En realidad, lo que le estaba ocurriendo podía explicarse muy fácilmente.

Mientras desconocemos el origen de cualquier mal que siembre la muerte a nuestro derredor, llegamos a despreciar olímpicamente el peligro que consideramos fatalmente ligado a nuestro Destino. Pero cuando nos percatamos, por muy poco que sea, de la «materialidad» del peligro, el instinto de conservación y el espíritu de lucha renacen en nosotros, procurándonos el miedo que es una sensación ante lo conocido.

—¡He de hablar con el profesor! —insistió con firmeza—. Me es igual hacerlo personalmente con él o a través del «fonovisoteléfono». ¡Dígale que he descubierto la naturaleza de los «bichos» que nos atacan!

—¿BICHOS? —inquirió el otro con los ojos desorbitados.

—¡Sí, hombre, sí! ¡No pierda más tiempo! ¡Yo mismo he matado a algunos de esos monstruosos animales!

El otro pareció convencerse. Sin decir una sola palabra dirigióse al «fonovisoteléfono», llamando al Laboratorio particular del profesor Bruce. Cuando la faz de Adam apareció en la pequeña pantalla, el empleado le dijo, con voz cortada por la emoción, lo que acababa de oír de los labios del buzo. Luego —¿por qué no?— agregó la infalible frase que suele servir de colofón a los estúpidos.

—Yo, en su lugar, señor profesor, no haría caso. Ese hombre debe estar loco de

remate.

—¡Métase en sus asuntos! —rugió Bruce—. ¡Y haga venir a ese hombre a mi Laboratorio ahora mismo!

Diez minutos más tarde, después de atravesar las cámaras purificadoras, Lotter se encontraba ante el profesor.

—Pase por aquí...

Y cuando estuvieron en el despacho.

—Creo que ya puede quitarse la escafandra. Aquí no corre peligro alguno.

El buzo miró con desconfianza hacia todos los lados, como si buscara la menor huella de aquellas invisibles alimañas que le habían atacado tan encarnizadamente. Luego, al contemplar la cabeza desnuda de Bruce, tomó confianza, quitándose la pesada escafandra que dejó a sus pies.

Seguidamente, y procurando explicar bien claramente las cosas, relató a Adam lo acontecido desde que salió a la superficie del Támesis. De vez en cuando, Bruce le interrumpía para interrogarle sobre ciertos detalles que el buzo había dejado de mencionar muy a pesar suyo.

Cuando Lotter acabó de hablar, el profesor guardó un sepulcral silencio que para el buzo duró demasiado. Incapaz de resistir un momento más, atrevióse a lanzar la pregunta que le quemaba los labios desde hacía un rato.

—¿No me cree, verdad doctor?

Una sonrisa de simpatía iluminó el serio rostro del otro.

—¡Todo lo contrario, amigo mío! No sabe usted el favor que acaba de prestar a la Humanidad. Gracias a su sangre fría y a su espíritu de observación, nos ha dado la clave momentánea para contrarrestar el peligro que ha caído sobre nosotros. Voy a comunicar al Gobierno el importante descubrimiento que acaba usted de hacer. En cuanto a usted, se quedará aquí como huésped de honor hasta que hayamos tomado las medidas convenientes —hizo una pausa como si las palabras que pensaba decir le costasen un verdadero esfuerzo; luego, decidiéndose—: ¿Le molestaría prestarme la escafandra?

Lotter le miró con extrañeza.

—¡Naturalmente, señor! Yo mismo le ayudaré a ponérsela...

Y así fue como Bruce Salió del «New Hospital», por primera vez desde el principio del ataque a la Tierra, con el cómico atuendo de una bata blanca y una escafandra de buzo sobre la cabeza.

CAPITULO SÉPTIMO

Cuando el Hombre se encuentra ante una situación insostenible... ¡la más mínima esperanza le llena de gozo! Pero una vez que posee la certitud del triunfo..., ¡su ambición lo exige sin demora alguna!

DESPUÉS de la comunicación universal que televisó el Gobierno británico, la Humanidad empezó a respirar aliviada, tras un horrible período de tiempo en el que ya había perdido todas las esperanzas de sobrevivir.

En las primeras veinticuatro horas que sucedieron al comunicado inglés, los Ejércitos de todos los países, o al menos lo quede ellos quedaba, se lanzaron a una operación curiosa que consistió en la entrega a la Población Civil de cascos y máscaras antigás para su uso. Por el momento se pudo así combatir el ataque de los invisibles monstruos que eran la causa de la «demencia fulminante».

Inmediatamente después, los respectivos gobiernos se lanzaron a la fabricación de unas ligeras escafandras de cristal, con un tubo en *ese itálica* para la respiración, impidiendo así definitivamente que cualquier tentáculo pudiese penetrar en el interior de la esfera transparente cuya moda se había impuesto por la fuerza de los acontecimientos.

Las calles de las ciudades tomaron un nuevo aspecto que hubiese complacido a los escritores del siglo precedente, que pintaban a los interplanetarios con aquellas escafandras esféricas.

Pero le más importante y fundamental fue que el mundo volvió a sonreír. Tras la imposición de tan drásticas medidas, ni un solo caso de «demencia fulminante» se declaró en la Tierra, en las sesenta horas primeras. Los primeros casos registrados correspondieron a los que, en sus domicilios, se habían quitado la escafandra para dormir.

Una nueva orden, prohibiendo, por el momento, desprenderse de la esfera de cristal, suprimió definitivamente la misteriosa enfermedad.

Todos los medios de transporte tornaron a funcionar. Patrullas sanitarias especiales limpiaron las calles de cadáveres putrefactos y las ciudades tornaron a tornar un aspecto más normal, aunque el menos observador se percataba de la exigua cantidad de transeúntes que circulaban por la urbe.

Grandes letreros, que representaban una cabeza sobre la que se vela una especie de pulpo marcado con el signo de la muerte, prevenía a todos de la gravedad del riesgo de quitarse, aunque fuera por un corto espacio de tiempo, la salvadora escafandra.

«¡UN SOLO SEGUNDO Y MORIRÁS!»

«¡LOS TENTÁCULOS DE LA MUERTE AMENAZAN TU CABEZA!»

«¡NO ABANDONES NI UN INSTANTE TU ESCAFANDRA; SÓLO ASÍ

PODRÁS SOBREVIVIR!»

A pesar de que la seguridad y la confianza iban penetrando decididamente en los espíritus, no era raro ver todavía que los que circulaban por las calles dirigían tímidas miradas hacia el espacio que les rodeaba. Sabían ya el origen de la terrible enfermedad y por ello intentaban adivinar, más que ver, cosa que era completamente imposible, las alucinantes bestias que paseaban sus ávidos tentáculos sobre el cristal intentando perforarlo a toda costa.

Lentamente y a costa de muchos sustos, los hombres se fueron acostumbrando a sentir aquellas extrañas presiones sobre sus cristalinas escafandras. Al cabo de dos semanas de la nueva existencia, las poblaciones desarrollaban un buen tanto por ciento de sus habituales ocupaciones. Poco a poco, la vida iba encauzándose hacia un ritmo normal.

Entretanto, los Gobiernos de todos los países, acompañados de los sabios y profesores que habían estudiado el problema, se reunían en la Sede de las Naciones Unidas, en las Azores.

Desde el principio, las manifestaciones del profesor Bruce sembraron el desconcierto general. Después de hacer un repaso de lo acontecido y de explicar, de una manera sencilla, de qué forma casual había hallado el procedimiento de defensa universalmente adoptado, gracias a la tenacidad y las observaciones de un pobre buzo, Adam dejó caer aquellas colosales palabras que removieron, hasta lo más íntimo, el corazón de los que le escuchaban.

—Y finalmente, señores, he de comunicarles que para mí no hay duda alguna de que nuestro planeta **ESTÁ SIENDO ATACADO POR ALGUNA POTENCIA QUE HA LLEGADO DE CUALQUIER LEJANA REGIÓN DEL ESPACIO.**

El revuelo fue, sencillamente, fantástico. Schrisky, el secretario polaco de turno, se vio y se deseó para lograr imponer silencio en la fenomenal Asamblea donde cada uno y todos los presentes vociferaban al cual mejor y más fuerte.

Veinticinco minutos, exactamente, duró aquella baraúnda de gritos, de comentarios, de risas y hasta de ruidosas carcajadas. Finalmente, cuando el silencio se impuso, Schrisky tomó la palabra.

—Comprendo perfectamente, señores, todo lo que ha desencadenado la manifestación inesperada del profesor Bruce. Solamente, no es preciso recordar que jamás salió nada positivo del bullicio. Si alguno de ustedes desea discutir las palabras del profesor británico con él mismo, puede hacerlo.

Fueron muchos los que solicitaron «batirse» con Adam. Pero éste, con una irrefutable lógica, fue destrozando todos los argumentos que se le iban oponiendo. Después de varias horas de emocionante torneo verbal, el propio Bruce, cuando el último de sus contrarios se hubo sentado, resumió el estado de cosas.

—Como acaban de ver, señores —dijo con aquella voz suya que por sencilla y simpática convencía por sí misma—, quedan en el aire unas preguntas de cuya respuesta depende la Historia de nuestro mundo. Todas ellas están concatenadas y la

respuesta de una cualquiera resolvería la totalidad. Voy a repetirlas, para que las grabemos en nuestras mentes...

«¿Hay alguien que conozca seres como los que nos atacan en nuestro Mundo?»

«Si esas criaturas no nos son conocidas. ¿De dónde proceden?»

«Y, por último, estando convencidos, como lo estamos, de que no son seres inteligentes, sino voraces animales de una especie desconocida. ¿Quién los ha lanzado sobre la Tierra?»

Hasta el momento hemos conseguido frenar su ataque de una manera muy sencilla que «ellos» no pueden vencer. Eso mismo demuestra su carencia de inteligencia. Pero lo más importante es descubrir «quién» los ha traído hasta nuestro Planeta. Ese es el problema fundamental que debemos resolver si deseamos seguir viviendo sobre la Tierra. Nosotros, los hombres de ciencia, lucharemos para acabar con esa peste invisible. Pero el Espacio pertenece a otros hombres, a la Policía Sideral que debe encargarse de investigar que clase de enemigos están esperando, alrededor de nuestro globo terráqueo, que dejemos de existir. La tarea es de la mayor urgencia, ya que si el «enemigo» se percatara de que sus métodos de ataque han fallado, podrá, si nos descuidamos, lanzarse a otra nueva ofensiva de la que, por lo que hemos sufrido en la primera, no debemos estar seguros de salir victoriosos...

Una ovación estruendosa acogió las sabias palabras de Bruce. Había explicado las cosas de una manera tan sencilla, tan clara y tan definitiva que en el espíritu de todos los que escucharon, aquellas tres graves preguntas se gravaron de una forma imborrable.

El secretario de turno, Schrisky, volvió a tomar la palabra.

—Pasa al Consejo de Seguridad de la ONU el asunto de la investigación del espacio hasta el descubrimiento de los desconocidos atacantes de la Tierra...

* * *

¡Los desconocidos atacantes de la Tierra!

De haber oído aquellas palabras, de haberlas comprendido, el potente Kalok hubiera lanzado una carcajada colosal. Una carcajada extraña si los «Noxos» hubiesen sabido reír...

Precediendo al grueso del pueblo «Noxo» la vanguardia de los «Platillos» surcaba el Espacio a una increíble velocidad. Cincuenta máquinas voladoras, formando una flecha, avanzaban a través del Vacío a seis millones de kilómetros de ventaja sobre el grueso de la formación en cuyo centro marchaba la gigantesca astronave en la que iba el Supremo de los «Noxos».

El objetivo de la vanguardia era el de apoderarse de la Luna, para esperar allí el corto tiempo que tardaría en acabarse la vida sobre la Tierra. Aquellos bípedos absurdos que la poblaban debían encontrarse en la última fase de una agonía atroz

que los borraría por completo de la superficie de su maravilloso Planeta.

El júbilo de los «Noxos» era enorme. Dentro de las cabinas, en medio de su pestilente atmósfera de metano y entre la luz verdosa que parecía brotar de las paredes, sentían la alegría, no expresada en sonrisas, porque eran incapaces de manifestar la menor emoción, placer o duelo, de llegar muy pronto a posesionarse del Tercer Mundo que cambiarían a su antojo, realizando el sueño más querido de su Raza, tras su larga caminata a través del Espacio.

Las astronaves de vanguardia dejaron atrás al rojizo Marte. Ya, desde el lugar en que se encontraban, la Tierra era una estrella brillante y definiéndose en primer término con un fondo tachonado del brillar de millones de mundos.

Al alejarse progresivamente de Marte, la Escuadrilla de los «Noxos» apuntó, como una flecha de Muerte a la Tierra. Los refulgentes «Platillos Volantes» se iban acercando paulatinamente al Tercer Mundo y los que jamás se habían acercado a él lo contemplaban con sus pedunculados ojos insistentemente brillantes de codicia; de una codicia extraña nacida en seres que procedían de un Mundo lejano que hacía miles de millones de años que se había convertido en una polvareda cósmica.

Poco a poco el globo terráqueo fue ocupando un mayor espacio en el horizonte de las astronaves de los «Noxos». Finalmente, al estar cerca de su zona de atracción, desviaron su camino para dirigirse directamente al pálido satélite que brillaba no lejos del Planeta.

Toh, que era el jefe de aquella expedición de vanguardia, ordenó que uno de los «Platillos» se adelantase, y descendiese lo más cerca posible del suelo lunar para realizar un previo reconocimiento antes que se posase la totalidad de la Escuadra.

—Es pura fórmula —dijo en el micrófono de su transmisor—. El satélite del Tercer Mundo estará completamente desierto.

El «Platillo Volante» encargado de aquella misión se adelantó a los otros incrementando la velocidad. Momentos más tarde, desaparecía en el vivo reflejo lunar.

Después de trazar varios círculos alrededor del satélite, cada vez más cerca de su suelo, descubrió una ciudad junto a unos montes. Todo parecía gozar de una tranquilidad que a los observadores «Noxos» les tradujo la idea de la Muerte general que reinaría allí, como en la Tierra.

Tras describir un último círculo, el «Platillo» se dispuso a lanzarse definitivamente hacia el suelo. Para ello y como obligada maniobra, se detuvo a unos mil pies de altura, para iniciar un descenso vertical tal como realizaban siempre.

Fue entonces cuando la catástrofe se desarrolló mucho antes que la inteligente mente de los «Noxos» pudiese percatarse de lo que ocurría.

Con un estridente silbido, el proyectil atómico, lanzado por una de las baterías de la ciudad, se acercó vertiginosamente al vehículo desconocido. Los hombres de las ciudades lunares habían recibido instrucciones de los Gobiernos de la Tierra para que se mantuviesen alertas ante cualquier aparición celeste que no fuese la de los

vehículos comerciales o militares que hacían comúnmente el servicio Tierra-Luna.

La explosión se produjo cuando la granada nuclear chocó con la dura superficie del «Platillo». Una humareda en forma de hongo se formó en el Espacio, al tiempo que el rugido de la reacción en cadena se propagaba, en mil ecos distintos, por los huecos cráteres lunares...

Cuando la nube atómica se disolvió por completo, dejando que los telescopios perforasen sus desgarradas gasas, el «Platillo» había desaparecido, completamente convertido en átomos.

Toh movió sus largos ojos tentaculares dando muestra de una sorpresa que no podía manifestar de otro modo. Manteniendo su Escuadra alejada del lugar de la explosión, ordenó que se analizase el espectro de aquella, cosa que fue velozmente realizada por una de las astronaves.

—¡Explosión atómica! —Fue el informe que le llegó momentos después.

Sabía que los extraños bípedos que poblaban la Tierra y su único satélite conocían la energía atómica..., pero estaba seguro que aquellas criaturas habían desaparecido hacía tiempo devoradas por los primitivos y salvajes plutonianos...

Sólo el pensar en la desagradable noticia que debía dar a Kalok hizo que su monstruoso cuerpo temblase como una hoja movida por un fuerte viento. Alocado y dispuesto a demostrar el poder a los locos humanos que se atrevían a oponerse a una civilización mil veces más adelantada, se acercó al transmisor.

—¡Regad el satélite con rayos cósmicos!

En un impresionante «picado», los «Platillos Volantes» se lanzaron contra la Luna como una alocada y furiosa jauría de enfurecidos mastines. Los cañones atómicos iniciaron su fuego terrible contra el cielo en el que punteaban las astronaves enemigas en una cantidad que era imposible reducir. Pero, a pesar de todo, los valientes artilleros no desperdiciaron ni un solo proyectil de los pocos con los que contaban.

La primera ráfaga de rayos cósmicos barrió completamente la ciudad, convirtiéndola en un montón de ligeras cenizas que empezaron a elevarse lentamente en el Espacio. Los observadores de las ciudades vecinas, que contribuían a la defensa del suelo selenita, comunicaron a la Tierra la triste nueva en un mensaje repleto de angustia.

LAS ASTRONAVES QUE COMBATIMOS Y QUE TIENEN LA FORMA CARACTERÍSTICA DE LOS “PLATILLOS VOLANTES” ESTÁN UTILIZANDO LOS RAYOS CÓSMICOS Y HAN DESTROZADO COMPLETAMENTE LUNEVILLE. MUY PRONTO, EN EL MOMENTO QUE INICIEMOS EL FUEGO CONTRA ELLOS, NOS BARRERÁN CON LOS RAYOS CÓSMICOS. DE TODAS FORMAS, LOS HOMBRES DE AQUÍ LUCHAREMOS HASTA EL FINAL. TENEMOS CONFIANZA EN QUE VOSOTROS, DESDE LA TIERRA, VENGARÉIS ESTE MALVADO ATAQUE Y DERROTARÉIS A LOS QUE DESEAN CONQUISTAR UN MUNDO QUE NOS FUE DADO POR LA

DIVINIDAD PARA ENGRANDECERLO Y GOZARLO —una terrible y larga pausa—. ¡EMPEZAMOS A DISPARAR CONTRA LOS«PLATILLOS»!... CON LOS QUE HAN HECHO CAER DESDE LUNE-VILLE, YA VAN VEINTE LOS DERRUMBADOS. ¡COMO VEIS, SON TAN MORTALES COMO NOSOTROS!... ¡AHORA SE DIRIGEN HACIA AQUÍ!... ¡DIOS SE APIADE DE NOSOTROS... HAN EMPEZADO A LANZAR LOS RAYOS CÓSMICOS Y NOS REDUCIRÁN A POLVO...!

* * *

Y así ocurrió, en efecto...

* * *

Las noticias llegadas desde la Luna, momentos antes de que todas las poblaciones allí construidas fueran borradas de su superficie, demostró en la Tierra que las palabras pronunciadas por el profesor Bruce habían expresado, de una manera definitiva, la verdad acerca del peligro de invasión en que se encontraba el Planeta.

Que el enemigo hubiese utilizado los rayos cósmicos significaba que se trataba de «alguien» perteneciente a una civilización tan avanzada como la del Hombre. Porque, en realidad, la Humanidad había conseguido, desde el 2005, la conquista de los rayos cósmicos cuya utilización se iba extendiendo y generalizando rápidamente. De todas formas, el empleo militar de tan temible arma había sido estudiado a fondo por varias Universidades europeas.

Ningún responsable gubernamental de país alguno tembló ante la noticia de que «ellos» habían empleado los rayos cósmicos. Si el arma más potente que poseían los misteriosos atacantes era aquélla, las probabilidades de victoria no se habían perdido totalmente para los humanos...

La Tierra entera se puso en pie de guerra. Los enormes espejos parabólicos empleados para el lanzamiento de los rayos cósmicos fueron situados en todos los puntos convenientes para detener la llegada de los «Platillos». Miles de baterías atómicas acompañaron a los espejos, con sus largos cañones apuntando al firmamento. Las estaciones de «ultra-radar» iniciaron su funcionamiento veinticuatro horas seguidas como avizores ojos capaces de detectar la menor presencia sospechosa que le acercase al Planeta, si los que se disponían a invadir la Tierra pensaban que iban a encontrarse con una Humanidad cogida en el cepo del miedo, diezmada moralmente por la angustia, se equivocaban terriblemente. Con el recuerdo de los trescientos millones de muertos con que habían pagado la presencia de los extraños seres que produjeron la «demencia fulminante», los hombres apretaron los puños

decididos a vender caras sus vidas y a demostrar a los pasajeros de los fantásticos «Platillos» que su soñada conquista del Planeta podía resultarles bastante difícil.

Entretanto, Bruce y sus colaboradores continuaban trabajando intensamente para borrar, de una forma definitiva, el peligro de los raros animales que habían provocado el luto de la Humanidad entera. Por el momento, todas las investigaciones habían dado un resultado nulo y hubo quien, sintiéndose especialmente optimista, llegó a pensar que las «ventosas de demencia», como se les llamaba ya, habían huido del Planeta por no poder seguir alimentándose del fósforo que parecía serles imprescindible.

Pero cuando una o dos semanas después del descubrimiento de Lotter, el «visophono» intercontinental del «New Hospital» se puso a sonar descompensadamente, Bruce, al precipitarse hacia el aparato, situado en su despacho particular, sintió una rara sensación de angustia que, sin motivo aparente alguno, le hizo estremecer.

En la pantalla reducida del aparato, un rostro completamente desconocido gesticulaba ya cuando la comunicación no se había establecido aún de una manera adecuada.

Adam hizo funcionar los amplificadores y después que los «parásitos» desaparecieron, tanto del campo acústico como del óptico, en el que se presentaba en forma de ondulaciones que hacían borrosa la imagen, debido a la distancia, la voz del otro llegó, finalmente, hasta él.

—Efectivamente.

—¿Es usted el profesor Bruce?

—Yo soy Alan Stanley, el director de Sanidad de la Zona Oeste de Australia. Habiendo muerto mi superior en la última fase de la «demencia» he pasado a la Jefatura General de Ciencias Agropecuarias que él desempeñaba también.

—Perfectamente —cortó Bruce algo molesto por aquella verborrea tan prolija como inútil—. ¿Tiene usted algo importante que comunicarme?

El otro no se paró en mientes, demostrando su carácter vivo.

—¿Por qué le hubiese llamado si no? ¿Cree usted por azar que mi tiempo no vale tanto como el suyo?

Adam tuvo ganas de interrumpir la comunicación. Pero la sincera brutalidad de Stanley se lo impidió, además de la curiosidad que sentía por lo que iba a decirle aquel hombre.

—Perdone mi rudeza, profesor —dijo el otro con tono amable en su voz que seguía siendo potente—. Pero las cosas que voy a comunicarle tienen una enorme importancia. No voy a ser largo y le aseguro que, antes de comunicarme con usted, me he convencido de que los informes de los ganaderos correspondían a una realidad palpable...

Adam no pudo resistir más...

—¿Quiere usted decirme, de una vez, lo que ocurre? ¡Me tiene sobre ascuas!

—¡En seguida, profesor! Miles de cabezas de ganado han contraído la «demencia fulminante». Incapaces de hacer nada por subsistir, mueren por centenares sin molestarse por tomar alimento. ¡Comprenderá que es horrible! ¿Verdad?

—En efecto. ¿Ha observado personalmente algún caso?

—Una docena, aproximadamente.

—¿Qué aspecto tienen las reses afectadas?

—La sintomatología es muy parecida a la de los enfermos humanos que pude ver. Decaimiento total y absoluto de la voluntad. Mirada perdida y estúpida, inmovilidad completa, falta de apetito y de los deseos más elementales...

—¿Puede proporcionarme un número aproximado de víctimas?

—Espere un momento —se vio cómo se volvía en su despacho para consultar unos papeles. Luego, tornando el rostro hacia la pantalla—. Hasta ahora, hay cerca de un millón de casos. Según los últimos datos, el número de animales muertos llega a cerca de doscientos mil...

—Muchas gracias, señor Stanley. En el momento en que tenga algo interesante que comunicarle, se lo diré...

Cerró el aparato y con paso automático dirigióse hacia el laboratorio. En su interior, una sensación de fracaso se abrió paso violentamente hasta proporcionarle un daño en la región cardiaca.

¡Las ventosas de demencia habían sido un arma de dos filos!

Tras percatarse de que los seres humanos estaban definitivamente fuera del alcance de sus terribles tentáculos, habían permanecido un tiempo rodando sobre las ciudades para intentar algo que calmase su voraz apetito, que iba creciendo a cada instante transcurrido, hasta que descubrieron la existencia de otros seres que, aunque poseían una menor riqueza de fósforo, existían en mayor cantidad que aquellos bípedos demasiado inteligentes para ser aniquilados.

Después de todo —pensó Bruce—, nada sabemos de las «ventosas de demencia». Hora es que se tiene la suerte y ya que tenemos animales para llevar a cabo mi experimento... ¡lo haré! —Después de una pausa—. ¡Hoy mismo partiré para Australia!

CAPITULO OCTAVO

Aferrados a La Tierra, sintiendo, quizás por vez primera, la maravillosa belleza del Planeta en el que habían nacido ellos y sus padres y los padres de sus padres, los hombres se dispusieron a luchar por lo que les pertenecía...

UNA Conferencia que Bruce dio ante la Estación de Televisión Londinense, despertó una indescriptible emoción. El Mundo se había empezado a acostumbrar a las maravillosas dotes de aquel médico británico. Su imagen había sido reproducida por todos los periódicos del globo y sus palabras traducidas a todas las lenguas.

Pero, cuando al final de su disertación, llena de cálida simpatía, como siempre, prometió desenmascarar, definitivamente, a las «Ventosas de Demencia», la expectación fue indescriptible.

Al saberse, además, que la experiencia se iba a realizar en ciertos lugares del Quinto Continente, las Agencias de Viajes se vieron abarrotadas de un público deseoso de contemplar a los terribles enemigos que habían diezmado, en menos de dos meses, la Humanidad.

Ordenes gubernativas prohibieron el viaje a Australia de aquella enloquecida masa que gritaba de entusiasmo repitiendo hasta la saciedad el nombre del profesor Adam Bruce.

Para calmar los exaltados ánimos de todo aquel gentío, que hubiese sido capaz de producir un desorden difícilmente controlable, la Comisión de Gobiernos Mundiales, con sede en la O.N.U., había prometido solemnemente que la experiencia que se disponía realizar el profesor Bruce, sería retransmitida por televisión a todos los lugares de la Tierra.

Sólo aquella promesa logró calmar los excitados ánimos de la gente. Y, cuando un hábil psicólogo agregó que la experiencia podía ser peligrosa, la mayoría de los que deseaban ir a Australia se sintieron contentos de poder contemplar, desde el lugar seguro de sus hogares, el fabuloso experimento de Bruce. La Humanidad volvía a demostrar, al ojo experto del psicólogo, su doblez, su egoísmo y su cobardía...

Sin embargo, fue prácticamente imposible negar los permisos solicitados desde todas las Universidades del Mundo. Los sabios no se acomodaban a ser lejanos observadores, ante una fría pantalla de T. V., de un acontecimiento que podía determinar un giro absoluto en los conocimientos de las Ciencias Naturales. Para ellos, dentro de un noble egoísmo por saber y conocer, la experiencia prometida por Bruce les satisfacía más desde el punto de vista científico que del bien que para la Humanidad y su existencia resultase del experimento.

También el psicólogo podía estudiar los inhumanos terrenos a que conduce una adoración ególatra de la Ciencia...

Cientos de potentes aviones surcaron los cielos, poniendo proa a Australia.

Comisiones científicas de todas las partes de la Tierra se dieron cita en las ciudades del Quinto Continente en espera de conocer el punto exacto del «rendez-vous» con el profesor Bruce y que seguía manteniéndose en secreto riguroso.

Adam, en compañía de su prometida y acompañado por Tompson y su amigo Amater, surcaban el espacio hacia el lugar que su Gobierno les había señalado como residencia, no lejos del que serviría de campo a la experiencia.

Joan tenía una fe ciega en su novio. Pero, siendo ella también un científico, temía que el gesto audaz de Bruce no le causase un irreparable mal.

—Debías haber hecho alguna experiencia previa, querido. Si fracasaras...

—Ya lo sé —repuso Adam con su eterna sonrisa en los labios—. Ya sé que si fracasara, las carcajadas de mis colegas se oirían aun en el año tres mil. Pero estoy seguro del triunfo.

—Dios te oiga —apuntó Amater—. Los que hoy te admiran y envidian, si el experimento no resultase, olvidarían todo el bien que has proporcionado a los hombres; todas tus luchas y desvelos, para asociarte al fracaso de una imborrable manera...

—¡No seamos pesimistas! —intervino Tompson—. Ya verán ustedes cómo las cosas marchan bien. La Humanidad desea ardientemente borrar este peligro antes de enfrentarse con el que no tardará en presentarse.

—¡Pues si que es usted optimista! —rió Bruce—. El peligro que nos amenaza no es más que uno. Sean las «Ventosas de Demencia» o los misteriosos tripulantes de los «Platillos Volantes», el combate será siempre único. Cuando logremos destrozarnos las «Ventosas», los asaltantes del Planeta habrán perdido gran parte de la potencia que ellos poseían para aniquilarnos. Además, estoy seguro que al no ser respondidos en sus ataques a la Luna, con rayos cósmicos, están confiados en que nuestra arma más potente es la energía nuclear. Esa equivocación puede serles fatal...

—De todas formas —dijo Joan—. Nuestra victoria sobre las «Ventosas» es la más importante de todas. A la marcha que esos repugnantes seres matan a los animales útiles al hombre, dentro de seis meses el ganado habrá desaparecido de la superficie de la Tierra. Naturalmente, que tendremos aun los vegetales para alimentarnos..., pero ¿quién se atrevería a pronosticar en lo que derivaría una Humanidad completamente convertida en vegetariana? Durante miles de millones de años, el hombre ha sido omnívoro; ha comido vegetales y animales. Jamás, en la Historia del Mundo, se ha visto una raza o pueblo que se alimentase solamente de vegetales. ¿Qué ocurriría al hacerlo de una manera exclusiva?...

—Es muy difícil contestar... —replicó Amater.

—¡Eso no ocurrirá! —insistió con entusiasmo Bruce—. Cuando obtengamos los frutos que resultarán de mi experiencia, la pesadilla atroz de las «Ventosas de Demencia» habrá desaparecido para siempre.

Hubo un corto silencio.

—No me imagino de qué forma vas a hacer visible lo que, hasta ahora, ha sido

invisible, Adam.

Bruce se volvió hacia Amater, que era quien había hablado.

—Su glotonería «fosfórica», si podemos decirlo así, va a perderla definitivamente. El anzuelo que voy a tenderles no dejará de atraerles como las moscas a la miel... ya lo verás...

El avión se inclinaba ya para proceder a su aterrizaje y el suave balanceo resultó corto con la conversación animada que sostenían. Momentos más tarde, un poderoso automóvil corría sobre una de las pistas que nacían en el aeródromo conduciendo a Bruce y a sus compañeros hacia la Residencia Gubernamental de Sidney.

Al cabo de algunas horas, los que esperaban ansiosos ante sus aparatos de televisión, pudieron oír, al fin, la voz no exenta de emoción de sus locutores nacionales.

—Nos remiten desde Sidney la siguiente noticia: El profesor Bruce, acompañado por el jefe del Gobierno Australiano y el Presidente de la República, así como de la prometida del profesor y dos doctores más, se dirigen, en una serie de helicópteros, al lugar en el que va a ser llevado a cabo el más fabuloso experimento de todos los siglos. Desde la explosión de la primera bomba atómica, hacia la mitad del pasado siglo, hasta después del final de la espantosa Tercera Guerra Mundial, la Humanidad no ha sentido tanta emoción como en estos instantes. Por el momento, no se ha hecho aun oficial el lugar de la experiencia. Cientos de helicópteros esperan, en Australia, trasladar a los sabios junto al profesor Bruce... ¡Atención!... Acaban de comunicarnos el lugar en el que se realizará la fantástica experiencia... De todos modos, nos han prohibido hacerlo público para mayor seguridad de los que allí trabajen. Eso no quiere decir que nuestras transmisiones sufrirán lo más mínimo. Un equipo especial de T. V. sigue incesantemente al coche del profesor Bruce y tomará las vistas, que pasarán a una cadena mundial que la retransmitirá a todos los espectadores del Globo.

Durante largos minutos, los locutores siguieron derrochando miles de palabras que no hacían más que aumentar la expectación de los que les escuchaban y veían en sus pantallas. Un ansia de ver al profesor y, sobre todo, de asistir a la maravillosa experiencia, atenazaba a millones de seres humanos como jamás les había emocionado cosa alguna.

Por fin, después de una hora de larga espera, el rostro simpático del profesor apareció en las pantallas de todos los aparatos del Mundo.

—Queridos amigos —empezó a decir—: Os envío un caluroso saludo antes de pasar a realizar una experiencia con la que espero demostrar la existencia material de las «Ventosas de Demencia». Como todos vosotros, deseo un triunfo rotundo, no por lo que signifique particularmente para mí, sino por lo que puede constituir para la destrucción total de esos repugnantes seres que han causado tanto mal y tanto dolor entre nosotros.

—Ahora —prosiguió, después de una breve y expectante pausa—, voy a intentar

explicaros, de una manera asequible a todo el mundo, lo que me ha llevado a intentar esta experiencia. Todos sabemos ya, la Prensa, la Radio y la Televisión lo han repetido hasta la saciedad, que las «Ventosas de Demencia» se alimentan solamente de fósforo. Esta forma de nutrición tan específica es la que causó la aparición de aquella enfermedad que nos costó a los humanos un buen puñado de millones de vidas. Ahora bien; casi todos vosotros sabéis igualmente que el fósforo puede hacerse radioactivo en nuestros laboratorios con gran facilidad. Esto quiere decir que así como el fósforo corriente no puede descubrirse en el interior de un organismo, de ninguna forma, el «fósforo radioactivo» puede ser detectado con uno de los aparatos potentes que poseemos en la actualidad, derivados del antiguo «contador de Geiger». Nuestros modernos «receptores de radiaciones» son capaces de fotografiar, con todo detalle, el organismo que contenga el fósforo radioactivo. Quizá ahora comprenderéis perfectamente lo que me dispongo a hacer.

—Hemos inyectado a una serie de cincuenta animales, perfectamente protegidos ahora, una cantidad muy grande de fósforo radioactivo. Este ganado va a ser utilizado como «cebo» para las «Ventosas de Demencia», que acudirán a ellos con su acostumbrado voraz apetito. Inmediatamente, un grupo de aparatos cinematográficos, funcionando a través de los «contadores de radiaciones», filmarán a esos desconocidos y terribles seres, que se harán completamente visibles. Pero —en la pantalla el profesor Bruce sonrió plenamente contento— ahí no acaba todo. Una red de mallas ultramicroscópicas se extenderán sobre las voraces «Ventosas», cazándolas como vulgares mariposas. Las mallas de la red, construidas con un material capaz de resistir una tracción de doscientos kilos por centímetro cuadrado de superficie, no podrán ser atravesadas por esos seres, que caerán en nuestro poder, pudiendo ser así estudiadas y combatidas.

Después de saludar a su invisible público, Bruce se dirigió al espacio abierto en el que ya empezaban a entrar las reses destinadas a servir de anzuelo. A medida que salían de los camiones que las habían conducido hasta allí, los empleados les quitaban una especie de dura máscara que les cubría la cabeza. Aquel artilugio les había librado, hasta aquel momento, del ataque de las «Ventosas».

Los animales, al sentirse libres de aquellas molestas máscaras, saltaron alegremente por el magnífico prado que se les había destinado. Casi inmediatamente, la voz del profesor Bruce se dejó oír a través de los múltiples altavoces instalados en la región.

—¡Se ruega un silencio absoluto! ¡Todas las luces, por muy pequeñas que sean, deben ser apagadas inmediatamente! ¡Ignoramos, hasta la fecha, si las «Ventosas» son foto-sensibles. En tal caso, la experiencia podría fracasar de una manera bastante estúpida!...

Una completa oscuridad reinó por doquier. Los tomavistas de la T. V., unidos a los aparatos receptores de radiaciones, no necesitaban luz alguna para recibir las imágenes a través de las lentes especiales de aquellos aparatos.

Un mugido espeluznante rompió el silencio que se extendía por todos lados. Casi enseguida, otros lastimeros gritos de las bestias allí aparcadas se elevaron en plena oscuridad. La cámara del «Geiger» moderno, se lanzó en busca de las radiaciones. ¡Pero no fue necesario!

¡Lo imprevisto se produjo ante el general asombro!

Inopinadamente, recortándose perfectamente sobre la negrura de la noche y visibles a simple vista, UNA ESPECIE DE REPUGNANTES PULPOS APARECIERON FLOTANDO EN EL AIRE...

Algunos las compararon, *in mente*, a gigantescas medusas cuyo velo fosforescente flotase en la noche como en el piélago abisal de un océano. Otros pensaron en calamares semitransparentes que ondulasen entre las oscuras aguas que producía su carga de tinta.

Pero, pensasen lo que pensasen, un escalofrío de horror recorrió unánimemente las espaldas de los que eran testigos visuales de aquel extraño fenómeno.

¡ERA LA PRIMERA VEZ QUE LAS CRIATURAS DE UN MUNDO LEJANO ERAN VISTAS POR OJOS HUMANOS!

Los hombres que contemplaban aquellas repugnantes bestias no podían imaginar que se trataba de los pobladores degenerados de un mundo casi helado. Un globo pétreo, como la misma Tierra, situado en el límite conocido del Sistema Solar.

Para los seres humanos que contemplaban con horror aquellos «animales», nada de extraño tenían, en el fondo, ya que podían encontrar cierta semejanza con algunos ejemplares de la Zoología marina. Pero si hubiesen sabido los insondables misterios que ocultaban aquellas «medusas»: si hubieran conocido la larga y trágica historia de Plutón, se hubiesen sentido mucho más profundamente emocionados al saber que «aquello» que flotaba sobre las reses habían sido criaturas como ellos, con una maravillosa inteligencia que habían perdido todo lo que de «humano» poseían al tener que seguir, obligatoriamente, la evolución del Planeta que habitaban hacia el Hielo eterno y la Muerte...

Bruce fue el primero en percatarse de la importancia inesperada que había tomado su experimento. El sabor dulce de una impensada doble victoria le embargó de dicha. Precipitándose hacia el micrófono:

—¡El fósforo radioactivo les hace visibles! ¡Señores, ya poseemos el procedimiento infalible de destruir a las «Ventosas»!

La realidad de aquel triunfo se hizo patente cuando, siguiendo las órdenes de uno de los agregados del Gobierno australiano y tras haber pedido permiso a Bruce, se encendió la lengua de fuego de un lanzallamas. Tocada en pleno, una de aquellas «Ventosas» se retorció, cayendo incendiada al suelo.

¡EL HOMBRE HABÍA GANADO LA PRIMERA PARTE DE LA BATALLA!

* * *

Colgado de uno de sus ocho pies, Toh recibía el castigo en la plena enorme sala del «Platillo Volante» en el que sentaba sus reales Kalok *el Intransigente...*

Dos fornidos «Noxos», con seis látigos cada uno, golpeaban, en una especie de molinete alucinante, el obeso Cuerpo de Toh, del que brotaba, por muchos puntos, una especie de baba verdosa, que debía ser, sin duda, la sangre de aquellas extrañas criaturas.

Kalok el Inflexible, el Cruel y, al mismo tiempo, el Supremo, contemplaba con sus pedunculados ojos la tortura agónica que sufría Toh. Incapaz de experimentar algo que fuese piedad o compasión, esperaba que el suplicio acabase con la muerte del rebelde, que había osado decir que obró bien, después de perder un importante número de «Platillos» en su lucha para conquistar aquel miserable satélite del Tercer Mundo. Por otra parte, Kalok no sentía la menor alegría ni satisfacción al ver morir a uno de sus súbditos. La marcha de la Ley no tenía otro camino entre los «Noxos». En su corazón —¿acaso lo tenían?— desprovisto de sentimientos, no se albergaba más que una especie de continuidad mental que les empujaba a la conquista de un Mundo en el que pudiesen descansar de su interminable caminata a través del Espacio.

En cuanto al propio Toh, lo único que le preocupaba en sus últimos instantes era que el intolerable dolor físico que estaba padeciendo cesase con la Muerte de una vez para siempre.

No sentía nada hacia nadie: ni odio hacia Kalok, ni espíritu de rebelión, ni conmiseración hacia si mismo. Fuera del dolor, su fatalismo era incapaz de plantearle cualquier problema de orden sentimental o ético.

Cuando Toh dejó de existir, después de unos frenéticos espasmos de su cuerpo, antes de quedar para siempre inmóvil, su grotesco organismo fue prestamente retirado del salón. Luego, cuando la atmósfera tornó a tomar su habitual aspecto, el viejo Kalok se irguió sobre su ancho asiento que soportaba sus trescientos kilos de peso.

—¡El momento de lanzarnos sobre el Tercer Mundo ha llegado! Nuestra ofensiva, en la que utilizamos a los plutonianos, como inconscientes aliados, ha fracasado, ha fracasado rotundamente. Esas criaturas horribles que habitan el Tercer Mundo han demostrado poseer una inteligencia que no podemos despreciar. Afortunadamente, no son dueños más que de una elemental ciencia atómica que, no obstante, saben manejar con habilidad. Hemos podido ver sobre este repugnante satélite, que no es más que un mundo muerto, los efectos que nuestros rayos cósmicos han causado sobre esas criaturas —hizo una pausa—. ¡Utilizaremos la misma arma para conquistar el Planeta!

La expectación era delirante. Después de miles de millones de años que duró la fantástica peregrinación por el Vacío, aquellos seres se consideraban junto a lo que habían deseado desde hacía tanto tiempo. La posibilidad de reposarse, al fin, en un lugar que les convenía en todo menos en la atmósfera..., pero aquello carecía completamente de importancia.

—Todas las unidades; absolutamente todas, excepto las que marchan bajo mi mando directo, se pondrán en marcha al amanecer. Como arma, utilizarán solamente los rayos cósmicos. ¡He ordenado!

Durante toda la noche, los «Noxos» prepararon cuidadosa y detalladamente sus potentes astronaves. Un ambiente de íntima alegría se había apoderado de todos. Situados en las amplias llanuras lunares, sus brillantes «Platillos» formaban una extraña y bella decoración que alcanzaba los límites de lo fantástico.

Parecía una ciudad de plata sobre la blanca superficie lunar. Y junto a los cráteres, en plenos Océanos helados, los «Platillos» semejaban también islas resplandecientes que hubiesen emergido por el raro maleficio de algún misterioso y potente mago.

Asomados a las ventanillas de sus aparatos, movían sus pedunculados ojos mientras miraban la plateada superficie de la Tierra que, inmensa y rodeada de su azulada y bella atmósfera, parecía un inmenso globo argentado que flotase en la negra inmensidad del Vacío.

Algo pareció encenderse en el Infinito. Fue como una lejana llamarada que naciendo entre rosas y malvas, se fuese convirtiendo en un potente haz de luz que ningún ojo vivo pudiese mirar sin verse obligado a bajar la cabeza o retirar la vista.

El día llegó tan de repente, que los «Noxos» tuvieron que moverse lo más rápidamente posible para obedecer estrictamente las órdenes del poderoso Kalok.

Diez minutos más tarde, las escuadrillas plateadas, con un rugido tremendo, hendían el Espacio rumbo al Planeta por cuya conquista y posesión estaban dispuestos a luchar para eliminar, de una manera definitiva, la rara Raza de débiles e ignorantes criaturas que lo poblaban.

Desde su inmensa astronave, Kalok les seguía con sus ojos tentaculares moviéndose al ritmo acelerado de su ambición.

* * *

Después, del descubrimiento hecho por el profesor Bruce, que le valió un inmediato Premio Nobel, concedido en reunión especial y extraordinaria que se celebró en Estocolmo, la lucha contra las «Ventosas de Demencia» se convirtió en una tarea fácil y agradable. Demostrado que no era necesario utilizar reses para acabar con los extraños animales, se sirvieron de montones de fósforo radioactivo que en el interior de los organismos de las «Ventosas de Demencia» se convertía en fósforo luminoso.

Durante la noche, equipos de soldados y policía, dotados de modernos y potentes lanzallamas, iban destrozando a aquellos animales que, cargados de alimentos o fatigados por su larga estancia en la atmósfera de la Tierra, podían apenas elevarse por encima de los dos metros de altura.

La cantidad de «Ventosas» quemadas, en el curso de dos largas semanas de

acción intensa, alcanzó una fabulosa cifra que los más crédulos se negaron a dar por cierta. Sin embargo, en el seno de los laboratorios, los hombres de ciencia, al compulsar aquellos números, se percataron de la gigantesca plaga de la que se estaba salvando la Humanidad.

De no ser por el descubrimiento del profesor Bruce y, antes, por la valentía de un buzo, condecorado por los Gobiernos del Mundo en una emocionante ceremonia, que fue transmitida a todo el Globo, la pobre Especie humana hubiese desaparecido por completo de la faz de la Tierra.

Sin embargo, muy a pesar de la alegría general que se producía a medida que las noticias de la completa destrucción de las «Ventosas» se iban concretando, las miradas de los humanos se elevaban al cielo, que se había convertido en el lugar por donde había de llegar la amenaza que pesaba como el Planeta.

Todo el mundo sabía perfectamente que la Luna había sido abandonarla a los desconocidos navegantes de los «Platillos Volantes». Nadie ignoraba que un par de centenares de miles de personas habían muerto bajo infernal bombardeo de rayos atómicos.

Por ello, cada vez que la mirada de hombre, de una mujer o de un niño se elevaba hacia el Firmamento, fijándose en la plateada superficie de la Luna, un instintivo estremecimiento recorría la espalda de quien tenía los ojos clavados en el Satélite.

Allí, entre las montañas que todos conocían, unos por haberlas visitado; los más por el «cine», estaban las huestes salvajes, venidas de Dios sabía dónde, esperando el momento propicio para lanzarse, como perros hambrientos, contra la población terrícola.



La Prensa, siguiendo las instrucciones gubernamentales, ridiculizaba, en hábiles caricaturas, a los posibles invasores, colocándoles en situaciones cómicas para lograr que los humanos perdiesen su innato miedo a lo Desconocido.

Los Ejércitos, encargados de vigilar el Cielo, estaban en constante estado de alarma. Atravesando en mil haces el Espacio, las micro-ondas del tele-radar surcaban el aire en mil direcciones distintas como otros tantos faros que investigasen en la invisible noche de las velocidades súper-térmicas. Toda una conexión estrecha había sido establecida entre las más importantes Bases de Astronaves que, armadas de espejos parabólicos para el lanzamiento de los rayos cósmicos, esperaban la llegada de la hora H en la que se lanzarían como flechas en busca del odioso enemigo.

Para aquellos bravos muchachos de las astronaves, que los invasores tuviesen dos piernas o un centenar de ellas, que poseyesen dos mil ojos, les era completamente indiferente. Sabían, de memoria, que sería muy difícil que regresasen una vez despegasen del suelo. Y todo lo que les importaba era poseer la suficiente puntería para poder, antes de caer, arrastrar algunas astronaves enemigas con ellos.

¡POR FIN, LA TERRIBLE INVASIÓN LLEGÓ!

Desde las primeras horas de aquel día, los receptores del «tele-radar» captaron las imágenes luminosas de una gran cantidad de astronaves que se dirigían, a una velocidad vertiginosa, hacia la Tierra. La alarma fue dada en todo el Globo y mientras la población civil se precipitaba a los refugios previamente preparados, los hombres en armas se aprestaban para la lucha.

Guiados por los mecanismos automáticos que el propio «tele-radar» hacía funcionar, los larguísimos cañones atómicos y los espejos parabólicos para los rayos cósmicos apuntaron al Espacio, hacia el lugar por el que, aun invisibles, avanzaban ya los «Platillos Volantes».

Las micro-ondas del «tele-radar» llegaban cada vez más pronto al aparato receptor, después de chocar con la superficie de las astronaves atacantes. Aquello demostraba que los «Platillos» se acercaban sin cesar.

Cuando la distancia fue de dos mil kilómetros, los motores de los espejos parabólicos empezaron a funcionar. En realidad, tardarían aun algunos segundos en disparar.

Pero las astronaves de combate no esperaron más. Desde sus rampas de lanzamiento hendieron el aire a 5000 kilómetros por hora, mostrando, en sus agresivas proas, sus potentes armas nucleares y el pequeño espejo parabólico para el lanzamiento de los rayos cósmicos.

A pesar de la rauda marcha de las astronaves guerreras, la Artillería inició su potente fuego mucho antes que los «Platillos» fueran alcanzados por las Fuerzas del Aire. Un centenar de granadas atómicas y tres haces azulados de rayos cósmicos surcaron el espacio en busca de su presa.

La vanguardia de los «Noxos», formada por media docena de discos volantes, fue aniquilada. Retorcidos en el aire sus materiales metálicos, los «Platillos» acabaron por disgregarse de una manera ultra-rápida.

Al percatarse de que las criaturas del Tercer Mundo conocían y empleaban los rayos cósmicos, el resto de los atacantes, un tanto asustados, realizó una prodigiosa «finta», a treinta mil kilómetros por hora, perdiendo velozmente altura para escapar a la concentración realizada por los temibles espejos parabólicos.

Si Kalok *el Terrible* no hubiese estado detrás, esperando en el Satélite la victoria de los suyos, los «Noxos» se hubiesen alejado de aquel planeta cuyos habitantes eran mucho más poderosos que ellos habían imaginado. Pero el terror supremo les hizo afianzarse a los mandos para continuar una lucha cuyo resultado no veían demasiado claro.

Con la maniobra que realizaron, escaparon a la segunda descarga atómica que formó en el aire una serie de gigantescos hongos. Sin embargo, el jefe de la Escuadrilla de Astronaves, giró al mismo tiempo dirigiendo sus aparatos hacia el enemigo por el nuevo camino que éste estaba tomando.

Las naves de la Tierra no pudieron escapar a la terrible tragedia que surgió de todo aquello. Calculando mal la velocidad de los «Platillos» y creyendo que superaba un poco a la propia, se lanzaron al encuentro del contrario, sin percatarse de lo que se les echaba encima.

El choque se produjo a aquella fantástica velocidad y la explosión general que resultó hizo temblar una gran extensión de tierra y mares.

Medio centenar de «Platillos» acababan de chocar con doscientas astronaves de la Tierra desarrollando una energía térmica tan formidable que ambos, terrícolas y «Noxos», se convirtieron en átomos...

¡Las fuerzas aéreas de la Tierra desaparecieron en una décima de segundo!

Ahora, sin ayuda en el aire, los hombres debían defenderse con sus propios medios de superficie contra las naves aéreas del enemigo que aun quedaban. La alarma volvió a sonar por doquier.

De Continente a Continente, las llamadas y las informaciones corrían sin parar. Los grupos de baterías atómicas y de rayos cósmicos giraban locamente movidas por el «ultra-radar», que iba siguiendo en el espacio los vertiginosos desplazamientos de los «Platillos».

En poco menos de un minuto, los «Noxos», que habían acelerado sus aparatos al máximo, pasaban de Europa a Asia y de Asia a América, buscando algún lugar en el que lanzar su fatal lluvia de rayos cósmicos.

Las baterías situadas en lo alto de los Alpes fueron las primeras en ser destruidas. Desde muchos miles de kilómetros, la nube grisácea que siguió a la espantosa llamarada se dejó ver...

Con los puños apretados, en los Estados Mayores, los generales de los Ejércitos del mundo reclamaban serenidad a todos los combatientes. Si la velocidad de las astronaves enemigas era tan fantástica que impedía realizar una puntería, aunque fuese automática, había que esperar a que el enemigo se «descubriese» para asestarle el golpe mortal.

—¡Aquí, Singapur!... ¡Acaban de pasar a mil metros de altura!...

La Central de los Ejércitos, situada en Berna, recibía los más curiosos mensajes y sobre los cuadrantes transparentes, las líneas que marcaban las trayectorias del enemigo formaban ya un imposible laberinto en el que nadie podía entender nada.

—¡Aquí, la Estación 362 de Alaska!... Ahora mismo pasan a seis mil metros...

Era una caza imposible. Pero, para los hombres, todo aquel correr loco sobre el Planeta demostraba palpablemente que el enemigo empezaba a tener miedo, careciendo de seguridad para lanzarse a un combate abierto.

Fue Tokio el que dio la solución a aquella insostenible situación.

—Vamos a lanzar proyectiles dirigidos pilotados por nuestros muchachos. Los que hemos lanzado hasta ahora no han dado resultado. Pero, si les parece, ordenaremos a los pilotos que permanezcan en el aire hasta que puedan chocar con los «Platillos». Comprendemos que es un sacrificio enorme, pero ya se han presentado un centenar de voluntarios.

Berna escuchó emocionada aquel mensaje de sacrificio y de valor. Velozmente se transmitió dicho mensaje a las centrales aéreas de todo el mundo.

Diez minutos después el número de voluntarios en toda la Tierra se elevaba a diez mil...

Desde aquel momento, desde todas las rampas de lanzamiento, los poderosos «V-768» surcaron el espacio hasta alcanzar una altura dada, en la que se inmovilizaron, trazando elipses de mantenimiento estático.

¡Los cepos estaban dispuestos!

Unidos por T.S.H. con cada grupo de proyectiles teledirigidos, las estaciones de «Tele-radar» cursaban mensaje tras mensaje informando a aquellos heroicos pilotos de los itinerarios seguidos por los «Platillos».

Estos proseguían su alocada carrera sin decidirse a abrir el fuego de sus armas contra lugar alguno. Para los estrategias terrícolas, aquellas absurdas maniobras significaban simplemente que el enemigo estaba estudiando un plan de ataque que no le fallase.

Pero los «Noxos» no tuvieron tiempo de realizar el plan terrible y cruel que les estaba dictando, desde la Luna, Kalok *el Insaciable*...

El primer grupo de «V-768» entró en acción.

Lanzándose sobre los «Platillos», que se acercaban mil metros más abajo, rugiendo como extraños monstruos, los pilotos se estrellaron contra el enemigo como proyectiles que eran con una carga igual a la de tres bombas «H».

La catástrofe fue horrenda. Muchas ciudades, sobre la superficie de la Tierra, sufrieron grandes desperfectos. La atmósfera parecía arder por todas partes y la luz del sol fue cubierta, durante más de tres horas, por la gigantesca nube que se formó en el lugar del encuentro.

Algunos aparatos enemigos lograron escapar velozmente hacia el este. Pero allí, por encima del Cáucaso, otro grupo de «V-768» acabó con ellos.

Fue una derrota completa, de la que la Especie humana salía completamente victoriosa.

Cuando el peligro se hubo evaporado, junto a la nube negra que cubría totalmente la Tierra la alegría y el gozo estallaron por doquier. Las gentes corrían por las calles lanzando gritos de alegría, abrazándose y besándose, en la más hermosa prueba de hermandad que los siglos habían visto.

Después del horrible peligro, de las vicisitudes que el Globo había atravesado hasta la llegada de las «Ventosas de Demencia», el mundo se sentía fuerte y seguro como nunca.

Los hombres podían expresar libremente el sano orgullo de su fantástica victoria. Pero, además, por encima de todos los sentimientos, parecía que el amor y el respeto al prójimo se habían desarrollado de una maravillosa manera. Porque, desde el más inteligente al más lerdo, todos, absolutamente todos, habían tomado parte en la lucha.

Aquel fue el más importante descubrimiento del insondable fondo del alma de las colectividades. Porque, en el momento que los aparatos enemigos se acercaron a la Tierra, hombres, mujeres y niños salieron de los refugios para colaborar como fuese en la lucha. Nada pudo detenerlos de ir junto a los hombres útiles para colaborar con ellos, ayudarlos en lo que fuese y morir, si preciso era, por la defensa de aquella tierra que pisaban y en la que estaban enterrados otros hombres que la habían hecho el más bello Planeta del Universo.

Desde la terraza del «New-Hospital», que no habían abandonado un solo instante, Bruce y Joan, tiernamente enlazados, miraban el hormiguear de las calles de Londres.

¡La ciudad, y como ella, el mundo entero, volvía a renacer como en una maravillosa primavera del alma!

Los labios de los dos jóvenes se unieron en un largo beso. Y allá arriba, ya junto al cielo, que había recobrado su azul purísimo, aquel amor era como un símbolo de lo que, a partir de aquel momento, sería la vida sobre el Tercer Mundo...

* * *

Sobre la rugosa superficie de la Luna, Kalok se disponía a dar la orden de marcha. Pero antes, reuniendo en su sala a lo que quedaba de su pueblo:

—¡Hemos sido derrotados! —gritó—. ¡Esas miserables criaturas del Tercer Mundo han resultado mucho más difíciles que habíamos pensado! La mayor parte de nuestras astronaves han sido disueltas en esa maldita atmósfera y nuestros combatientes muertos con ellas —hizo una pausa y sus ojos pedunculados brillaron extrañamente—. Nosotros ya conocemos la derrota, como conocimos la victoria. Durante miles de millones de años, hemos vagado por el Espacio, conquistando mundo y destruyendo a criaturas para poder asentarnos definitivamente en algún Planeta...

—Hasta ahora no lo hemos logrado porque ninguno de los astros que encontramos nos convenía plenamente. El Tercer Mundo es el ideal que perseguimos desde hace tanto tiempo ¡Yo juro aquí, delante de nuestra Raza, que ese Planeta será nuestro! ¡Ahora regresaremos a Plutón hasta que nuestro pueblo sea otra vez numeroso y potente! Posarán cien, mil, cien mil o un millón de años. Pero cuando la hora suene, volveremos...

Con un vibrante silbido, los «Platillos» partieron hacia el Espacio. Durante el viaje de vuelta hacia Plutón, la mayoría de los «Noxos» se asomaron a los ventanales de popa de sus Astronaves para seguir con la mirada el achicamiento paulatino del

Tercer Mundo.

Pronto arribaron a las cercanías de Marte, y Kalok, cambiando de proyecto, ordenó que los «Platillos» se posasen en el Planeta Rojo.

Desde los secos montes en los que establecieron su brillante ciudad, la Tierra era como una refulgente estrella que vagaba muy cerca.

Kalok la miraba desde su cabina lujosa. Cerrando el puño lo dirigió en su dirección, como si quisiese golpearla a través del Vacío.

—¡JURO QUE VOLVEREMOS! —rugió.

Y así fue...



ALAN COMET fue uno de los muchos seudónimos del escritor español Enrique Sánchez Pascual.

Otros seudónimos: Alan Star, Karl von Vereiter y Law Space.

Nació en Madrid en agosto de 1918. Comenzó estudios de medicina, pero el inicio de la Guerra Civil le obligó a dejarlos.

Luchó en el bando republicano y, al terminar la guerra, se vio obligado a exiliarse a Francia, donde conoció a su esposa. Su regreso a España le costó cumplir condena en la cárcel de Figueras. En la posguerra trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos hasta que, animado por un amigo escritor, decidió dedicarse a la literatura.

Su trabajo para la editorial Bruguera le hizo trasladarse a Barcelona. Como era habitual en los escritores de posguerra, escribió en numerosos géneros además de la ciencia ficción, llegando a colaborar con Félix Rodríguez de la Fuente en una revista. Fuera de la ciencia ficción destacó como escritor de historias bélicas, llegando a convertirse en un experto en la Segunda Guerra Mundial.

En el género de la ciencia ficción su producción fue prolífica, llegando a escribir, literalmente, cientos de títulos para las editoriales Toray y Bruguera. Según su hijo escribía una novela por semana, si no más. Llegó, incluso, a crear su propia editorial, Mando, para la que escribió quince títulos bajo el pseudónimo de Alan Comet en una colección denominada Robot.

Falleció el 11 de marzo de 1996, a los 77 años de edad, en Sant Pere de Ribes, localidad próxima a Sitges. A decir de su hijo, Sánchez Abulí, su padre era una persona profundamente vital que se entusiasmaba con todo aquello por lo que se interesaba, inflamándose con constantes ideas y proyectos.

Notas

[1] Léase en el número 8 de la Colección ROBOT una de las más interesantes novelas de Alan Comet, *La hora «H» ha sonado*. Jamás podrá imaginar la alucinante Tercera Guerra Mundial sin leer este libro. (N. del E.) <<

[2] Las estrellas (o soles) poseen una «vida», durante la cual van perdiendo calor y aumentando de volumen, hasta morir apagadas. Las Gigantes Rojas, con sus 3300 grados terminan apagarse definitivamente. <<

[3] El Tercer Mundo es la Tierra, con relación al lugar que ocupa a partir del Sol. <<

[4] Lugar existente en nuestro satélite. <<

[5] El «año luz» es la distancia recorrida por la luz en un año, a la velocidad de 300 000 Kms. por segundo. <<

[6] Gas tóxico de fórmula CH_y . <<

[7] Cero absoluto. <<

[8] La descripción de temas Planetarios va obligando, de una manera aún descosida, desorganizada y sin método, a la creación de términos que expliquen el equivalente de «aterizado». De todas formas, conocido la estructura homogénea del Universo, el decir «aterizado» no es una falta grave. <<

[9] La esquizofrenia es la enfermedad mental más grave que existe. Una de sus formas, la llamada «catatonia», consiste en la completa destrucción de la voluntad del enfermo, que no reacciona ante nada y que debe ser alimentado por la fuerza. <<

[10] Rigurosamente cierto. <<